




OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE



La muerte
de
Iván Ilich
León Tolstoi
(1828-1910)

LA MUERTE DE IVÁN ILICH

León Tolstoi
(1828- 1910)

I

Durante la suspensión de las audiencias del asunto de los Melvinsky, en el gran edificio del Palacio de Justicia, los jueces y el procurador se reunieron en el gabinete de Iván Yegórovich Shebek, y la conversación recayó sobre el célebre asunto Krasovsky. Fedor Vasilievich, se acaloraba demostrando la incompetencia de un tribunal, que Iván Yegórovich negaba; Piotr Ivánovich, sin haber tomado parte en la discusión, repasaba los periódicos que acababan de llevar.

—Señores —dijo súbitamente—. Ha muerto Iván Ilich.

—¿Es posible?

—Lea usted la noticia —agregó, tendiendo a Fedor Vasilievich el número recién impreso, que olía a tinta fresca.

Se leía, rodeado de una orla negra, lo siguiente:

Prascovia Feodorovna Golovin tiene el sentimiento de participar a sus parientes y amigos el fallecimiento de su muy



querido esposo Iván Ilich Golovin, procurador del Palacio de Justicia, ocurrido el 4 de febrero de 1882.

La conducción del cadáver tendrá lugar el viernes, a la una de la tarde.

Iván Ilich era el colega de aquellos señores, y todos le apreciaban mucho. Llevaba enfermo algunas semanas; se decía que su enfermedad era incurable.

La muerte de aquel hombre dejaba una plaza vacante, y esto hizo que todos pensarán en posibles combinaciones: Alexiev podía ser nombrado en su remplazo; el puesto de Alexiev sería ocupado entonces por Vinikov o por Shtabel.

Por consiguiente, el pensamiento de todos, al recibir la noticia de la muerte de Iván Ilich, se fijaba especialmente en la importancia que podría tener aquella muerte para el ascenso de los interlocutores o de sus conocidos.

"Con seguridad que ahora ocuparé el puesto de Shtabel o el de Vinikov – pensaba Fedor Vasilievich –. Se me había prometido hace mucho tiempo; y tal ascenso representa para mí 800 rublos más, sin contar la cancillería."

"Menester será solicitar el traslado de mi cuñado de Kaluga –dijose Piotr Ivánovich–, y mi mujer quedará satisfecha. No podrá decir que no hago nada por sus parientes."



– Con razón pensaba yo que no se levantaría – dijo en voz alta Piotr Ivánovich – . Es una lástima.

– ¿Qué ha tenido, en suma?

– Los médicos no podían precisar nada; es decir, sí, diagnosticaban, pero no estaban de acuerdo. Cuando lo vi por última vez me pareció que saldría bien.

– ¡Y yo que desde las fiestas no he ido por allí! Pensaba pasar un día u otro.

– ¿Acaso tenía fortuna?

– Parece que la mujer posee algo. Más... cosa insignificante.

– Será preciso ir. ¡Viven tan lejos!

– Es decir, lejos de vuestra casa. Y de vuestra casa todo está lejos.

– ¡Vaya...! No puede perdonarme que habite al otro lado del río

– dijo Piotr Ivánovich, sonriendo, a Shebek.

Hablaron de las grandes distancias entre las ciudades; luego volvieron a la audiencia.

Sin contar las reflexiones sobre nombramientos y cambios en el servicio que debía causar el fallecimiento de aquel hombre, el fenómeno de la muerte de un ser conocido provocó, según



ocurre siempre, en cuantos recibieron la noticia en el Palacio, un sentimiento de alegría, la alegría que causa saber que "el muerto era él", no ellos.

"Bueno, hele muerto, mientras que yo vivo aún" – pénsabase o se sentía.

Los íntimos, los titulados amigos de Iván Ilich pensaban, además, que se verían obligados a cumplir fastidiosísimos deberes de conveniencia: asistir a la misa de réquiem, hacer una visita de pésame a la viuda, etcétera, etcétera.

Entre los más íntimos figuraban Fedor Vasilievich y Piotr Ivánovich. Éste fue su compañero en la Escuela de Jurisprudencia y creíase más obligado. En consecuencia, después de comunicar a su mujer la noticia de la muerte de Iván Ilich, con la de las probabilidades de nombramiento del hermano para su distrito, sin descansar vistióse de modo apropiado y se encaminó hacia casa de los Golovin.

Frente a la puerta principal de la casa de Iván Ilich había un carruaje particular y dos coches de alquiler. Abajo, en la antesala, cerca de la percha, recostada en la pared estaba la tapa del féretro, cubierta de lustrosa tela de seda y guarnecida con lujosos flecos.

Dos damas enlutadas quitábanse sus abrigos de pieles. Una de ellas era la hermana del difunto; Piotr Ivánovich no conocía a la otra. Schwarz, el amigo de Iván Ilich, bajaba la escalera. Reparando, al descender del primer peldaño, en el siguiente, se



detuvo, y le hizo un guiño de ojos, como si hubiera querido decirle: "Neciamente obró Iván Ilich. ¡No así nosotros!"

El rostro de Schwarz, con sus patillas inglesas y toda su flaca persona vestida de levita, expresaba, como siempre, graciosa solemnidad, y aquella solemnidad, en eterna contradicción con el carácter jovial de su poseedor, que entonces tenía un particular significado, para Piotr Ivánovich no era incomprensible.

Dejó paso a las señoras y subió lentamente tras ellas. Schwarz no bajaba; habíase detenido. Piotr Ivánovich sabía por qué: sin duda quería hablarle para preparar una partida de whist.

Las señoras habían tomado la escalera que conducía a las habitaciones de la viuda; Schwarz, con sus gruesos labios seriamente contraídos y una mirada jovial, moviendo las cejas indicó a Piotr Ivánovich la habitación mortuoria, situada a la derecha.

Piotr Ivánovich entró, como ocurre siempre, con la incertidumbre de lo que se debe hacer. Sólo sabía una cosa: que persignarse no está de más en semejantes circunstancias. Pero no estaba seguro de si las señales de la cruz debían o no ir acompañadas de saludos, y eligió el término medio: al entrar en la habitación comenzó a hacer cruces rápidas, inclinándose como si saludara. Al propio tiempo, en cuanto los movimientos de manos y de cabeza se lo permitían, examinaba el aposento.



Dos jóvenes salían haciendo cruces: uno era colega, sobrino probablemente del difunto. Una señora, pequeña y vieja, permanecía inmóvil allí, y otra, de cejas extrañamente levantadas, le hablaba en voz baja. El sacristán, vivo, animado, en *redingote*, leía con mucha expresión, y tono que excluía contradicciones; Guerassim, el mujik, espolvoreó algo en el suelo. Al notar aquello, Piotr Ivánovich percibió al mismo tiempo cierto olor de cadáver en descomposición. En su última visita a Iván Ilich había ya visto a aquel mujik que hacía de enfermero y era muy apreciado por el muerto.

Piotr Ivánovich continuaba haciendo cruces y saludando ligeramente en la dirección intermedia ante el féretro, el sacristán y las imágenes depositadas en el ángulo de una mesa. Cuando aquellos movimientos le parecieron demasiado prolongados, se detuvo y se puso a examinar al difunto.

Éste se hallaba, como lo están siempre los muertos, tendido pesadamente, sus miembros rígidos desaparecían en el interior del féretro, con la cabeza para siempre doblada sobre el cojín, a causa de cuya altura sobresalía, como sobresale en todos los muertos, la frente amarilla cual la cera, cubierta de lucientes cabellos estirados hacia las sienes, la nariz saliente y como deprimiendo el labio superior.

Estaba cambiadísimo, mucho más flaco que cuando Piotr Ivánovich le hiciera la última visita; pero su rostro, como los de todos los muertos, era más hermoso y sobre todo más imponente que en vida de su dueño. Aquel rostro expresaba que había sido preciso hacer una cosa, que esta cosa estaba



hecha, y hecha de una manera conveniente. Además tenía una como expresión de reproche y de amargo recuerdo de los vivos. Aquel recuerdo pareció fuera de lugar a Piotr Ivánovich, que nada tenía que ventilar con él. Se sintió incómodo, hizo rápidamente la señal de la cruz y salió con precipitación, demasiado precipitadamente quizá para las reglas de conveniencia.

Con las piernas abiertas, las manos cruzadas a la espalda, jugando con el sombrero de copa alta, Schwarz esperaba en la antesala. Con sólo fijar la vista en aquel ser jovial, elegante y alegre, Piotr Ivánovich notóse como refrescado. Se veía que él, Schwarz, se sentía muy por encima de todo aquello, que no se dejaba dominar por desagradables impresiones. Su solo aspecto decía:

"El incidente de la misa de réquiem por Iván Ilich no puede ser, de modo ninguno, suficiente razón para interrumpir el orden de la sesión, es decir, que nada nos impedirá hacer crujir la nueva baraja, desenvolviéndola mientras el criado enciende las bujías que aún no hayan servido; no hay razón, en suma, para suponer que este incidente sea obstáculo bastante a impedirnos pasar esta velada de tan agradable manera como las demás."

Y esto, en semejantes, si no en iguales palabras, le dijo a Piotr Ivánovich, proponiéndole ir a casa de Fedor Vasilievich a echar una partida.

Prascovia Feodorovna, una mujer no muy alta, gruesa a pesar de los esfuerzos que hiciera para remediarlo, siempre



estirándose, vestida del más riguroso luto, las cejas tan extrañamente alzadas como las de la señora que estaba ante el ataúd, salió de sus aposentos, con otras señoras, y las acompañaba hasta la puerta de la cámara mortuoria, diciéndoles:

– Enseguida se verificará la misa de réquiem; pasen ustedes.

Saludando con una inclinación, Schwarz se detuvo sin aceptar evidentemente, pero tampoco rechazando aquella invitación.

Reconociendo a Piotr Ivánovich, Prascovia Feodorovna suspiró, avanzó hasta hallarse muy cerca de él, tomó una de sus manos y le dijo:

– Sé bien que usted era un amigo sincero de Iván Ilich...

Y sobre él dejó caer una ojeada, con la que trataba de expresar que esperaba de él acciones que correspondieran a aquellas palabras.

Piotr Ivánovich sabía que si antes era preciso hacer cruces, ahora se imponía un apretón de manos, exhalar un suspiro y decir:

– ¡Crea usted...!

Y fue lo que hizo. Y habiéndolo hecho, sintió que el resultado deseado estaba obtenido, que él se hallaba conmovido y ella también.



—Necesito hablar con usted; vamos, en tanto que esto comienza, allá abajo —dijo la viuda—. Deme usted su brazo.

Piotr Ivánovich accedió a ello, y en compañía de la señora pasó por delante de Schwarz, quien frunció tristemente las cejas.

"¡He ahí el whist...! ¡Bien! No nos reprochemos nada. Se tomará otro compañero en su lugar, y cuando usted quede libre, quizá podamos hacer la partida a cinco"

—expresaba su mirada jovial.

Piotr Ivánovich suspiró aún más profunda y más tristemente; Prascovia Feodorovna, agradecida, estrechó su mano. Al entrar en el salón, tapizado de tela rosa y alumbrado por una lámpara sombría, sentáronse ante la mesa; ella sobre un diván, él en una butaca muy baja, cuyos resortes descompuestos crujían bajo el peso de su cuerpo. Prascovia Feodorovna hubiera querido ofrecerle otro asiento, pero encontraba semejantes previsiones impropias del momento.

Al sentarse, Piotr Ivánovich recordó cómo Iván Ilich había arreglado aquel salón, y los consejos que le pidiera respecto a aquella misma tela rosa con hojas verdes.

Al pasar por delante de la mesa, entre tantos muebles y cosas que llenaban la sala, para tomar asiento en el diván, la falda de Prascovia Feodorovna quedó prendida en una de las incrustaciones de la mesa. Piotr Ivánovich se levantó para desatarla, y entonces, el asiento de la butaca, libre de su peso,



comenzó a crecer, empujándolo hacia arriba. La viuda desataba con sus propias manos la falda, y Piotr Ivánovich tornó a sentarse sobre la butaca rebelde; pero Prascovia Feodorovna no conseguía ver libre su falda y Piotr Ivánovich volvió a levantarse; la butaca se agitó más, dio un crujido. Cuando todo estuvo arreglado, la viuda sacó un pañuelo de batista y echó a llorar. Piotr Ivánovich, que se había calmado con el episodio de la falda y la butaca, permanecía sentado y con las cejas fruncidas.

Situación tan fastidiosa fue interrumpida por Sokolof, empleado de la oficina de Iván Ilich, quien iba a notificar que el terreno del cementerio que Prascovia Feodorovna designaba costaría 200 rublos. Ella cesó de llorar y, mirando a Piotr Ivánovich con aire de mártir, dijo, en francés, que sufría mucho. Él hizo una muda señal, que expresaba la absoluta certeza de que no podía ser de otro modo.

—Fume usted, se lo ruego —dijo con generoso y abatido tono. Y púsose a discutir con Sokolof respecto al precio del terreno.

Encendiendo un cigarrillo, Piotr Ivánovich oyó cómo se informaba, en sus menores detalles, de los diferentes precios de los terrenos, precisando al final el que se debía tomar. Además, concluida la primera cuestión, dio órdenes para la formación del coro. Sokolof se marchó.

—Todo lo hago por mí misma —dijo a Piotr Ivánovich, retirando los álbumes depositados sobre la mesa.



Y notando que las cenizas del cigarrillo amenazaban caer, precipitadamente alargó el cenicero al amigo de su difunto esposo.

–Creo que es afectación el afirmar que la pena impide ocuparse en cosas prácticas. Lo contrario me ocurre a mí; si algo hay que pueda consolarme, distraerme, al cuidado de ocuparme en él debo achacarlo.

Sacó otra vez su pañuelo, cual si tuviera intención de llorar, y súbitamente, como haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se enderezó y comenzó a hablar con calma:

–Necesito decir algo a usted.

Piotr Ivánovich se inclinó, siempre apoyándose en los resortes de la butaca, que, aprovechando su movimiento, empezó otra vez a moverse.

–Sufrió terriblemente en sus últimos días.

–¿Ha sufrido mucho? –preguntó Piotr Ivánovich.

–¡Horriblemente! En sus últimas horas no cesó de gritar. Los tres postreros días hacía lo sin respirar. Aquello era intolerable. No sé cómo pude soportarle. Se le oía a través de tres puertas. ¡Oh, lo que he sufrido!

–¿Y conservaba todo su juicio? –preguntó Piotr Ivánovich.



—Sí —dijo ella en voz baja—. ¡Hasta el último instante! Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de exhalar su último suspiro, y suplicó se llevaran a Volodia fuera de casa.

La idea de los sufrimientos soportados por un ser no extraño, por un hombre a quien primero le conociera chiquillo alegre, más tarde colega adulto, no obstante el sentimiento de su propia afectación y de la afectación de aquella mujer, aterró súbitamente a Piotr Ivánovich. Tornó a ver la frente, la nariz deprimiendo el labio, y temió por sí mismo.

"¡Tres días de horribles sufrimientos, y morir al final! ¡Cosa que puede ocurrirme de un instante a otro!" —pensaba. Pero sólo un momento le duró el miedo, pues inmediatamente, sin que supiera cómo, el pensamiento habitual acudió en su auxilio. Díjose que aquello habíale ocurrido a Iván Ilich, no a él; que semejante cosa no había de sucederle; que, pensando en ello, se procura unas tristes impresiones, lo cual no debe hacerse, como, por otra parte, era visible, contemplando el rostro de Schwarz. Y habiendo reflexionado de esta manera, Piotr Ivánovich se tranquilizó, y continuó pidiendo, con muchísimo interés, todos los detalles concernientes a los últimos instantes de Iván Ilich, como si la muerte fuese una aventura propia de Iván Ilich, sólo de Iván Ilich.

Después de examinar en distintos aspectos los sufrimientos físicos y verdaderamente horribles (Piotr Ivánovich supo aquellos detalles porque los sufrimientos de Iván Ilich obraban realmente en los nervios de Prascovia Feodorovna), la viuda creyó útil pasar al principal asunto.



– ¡Ah, Piotr Ivánovich! ¡Cuán penoso es esto! ¡Y cuánto, cuánto sufro!

Y otra vez lloró. Piotr Ivánovich suspiró, esperando a que concluyera de sonarse las narices. Y cuando la viuda lo hubo hecho:

– Crea usted... – repitió.

Ella tornó a hablar y le explicó su asunto, objeto de todo aquello. Consistía en saber cómo podría arreglárselas para obtener la mayor cantidad de dinero de la Tesorería del Gobierno, con motivo de la muerte de su esposo. Aparentaba pedir consejos relativos a la pensión, pero Piotr Ivánovich veía perfectamente que estaba enterada de todo, hasta en los menores detalles, que mejor que él sabía cómo debía componérselas para obtener el máximo del Estado, y que lo que deseaba saber era si podría obtener más aún. Piotr Ivánovich trató de hallar un medio para conseguirlo, pero reflexionando, y criticando, por conveniencia, la avaricia del gobierno, concluyó por decir que le parecía imposible obtener más. Ella suspiró entonces, visiblemente deseosa de desembarazarse de su huésped; él lo comprendió, apagó su cigarrillo, se levantó, estrechó la mano de la viuda, y se dirigió hacia la antesala.

En el comedor, Piotr Ivánovich vio el reloj que Iván Ilich comprara en una almoneda, y del que se hallaba tan satisfecho. Se encontró también con el sacerdote y con algunos conocidos, llegados para asistir a la misa de réquiem, y además pudo ver a



la hija del difunto, joven y lindísima señorita. Vestía luto riguroso; su talle, muy esbelto, parecíalo más aún con el traje negro. Tenía el aspecto sombrío, decidido y casi irascible. Saludó a Piotr Ivánovich como si éste fuera culpable de algo. Tras de ella estaba un joven muy rico a quien nuestro amigo conocía, un juez de instrucción, el prometido de la joven.

Piotr Ivánovich le hizo un saludo melancólico, tratando de encaminarse hacia la habitación mortuoria, cuando sus ojos repararon en el hijo de Iván Ilich, pequeño colegial que se parecía de sorprendente modo a su padre. Era un pequeño Iván Ilich como el que conociera en la Escuela de Jurisprudencia. El niño tenía los ojos irritados por el llanto. Fijándose en el amigo de su padre hizo una mueca severa y tímida; dirigiéndole un rápido saludo, Piotr Ivánovich entró en la alcoba del muerto.

Comenzó la misa de réquiem con sus quejas, sus bujías, su incienso, sus lágrimas y sus sollozos.

Las cejas extrañamente fruncidas, Piotr Ivánovich mirábase los pies; ni una sola vez fijóse en el muerto, y hasta el final de la ceremonia no se dejó impresionar por influencias depresivas, saliendo de los primeros cuando el acto hubo acabado.

Nadie había entonces en la antesala. Guerassim, el mujik, salió precipitadamente de la alcoba, revolvió con sus manos potentes todas las pellizas, para encontrar la del que se marchaba y se la dio.



—¿Qué te parece, amigo Guerassim? —Díjole Piotr Ivánovich, por hablar algo—. ¡Es una lástima!

—¡Fue voluntad de Dios! ¡Todos le imitaremos! —replicó Guerassim, mostrando sus apretados y blancos dientes de aldeano.

Y, como hombre muy ocupado, abrió prontamente la puerta, llamó al cochero, ayudó a Piotr Ivánovich a subir a su carruaje, y enseguida saltó a la escalera, como tratando de recordar lo que aún debía hacer.

Piotr Ivánovich experimentaba una sensación particularmente agradable respirando el aire puro en vez del infestado por el incienso, el olor del cadáver y el del ácido fénico.

—¿A dónde quiere el señor que le conduzca? —preguntó el cochero.

—No es tarde... Pasaré a casa de Fedor Vasilievich.

El coche se puso en marcha.

Los amigos estaban en el final de la primera partida. Inútil decir, por tanto, que Piotr Ivánovich pudo tomar parte en el juego.



2

La historia de la vida de Iván Ilich era de las más sencillas, de las más ordinarias y de las más terribles.

Murió a los cuarenta y cinco años. Miembro del Palacio de Justicia, era hijo de un funcionario, quien había hecho, en diferentes departamentos ministeriales, en San Petersburgo, una de aquellas carreras que demuestran claramente que, aunque incapaces de desempeñar importantes funciones, gracias a la larga duración de sus servicios y a sus grados, ciertos seres no pueden ser despedidos, y reciben, por ocupar puestos expresamente creados para ellos, plazas ficticias con sueldos de 6 a 10 000 rublos, nada ficticios, con los que viven hasta la más avanzada vejez.

Tal era el Consejero Secreto, el miembro inútil de varias instituciones inútiles, Iliá Eféimovich Golovin.

Tuvo tres hijos, el segundo Iván Ilich. El mayor siguió la carrera de su padre, pero en distritos diferentes; y se aproximaba la época en que comenzaría a cobrar por desempeñar ficticios servicios. El tercero era un fracasado. En cuantos puestos



ocupara no había conseguido otra cosa que hacerse mirar mal, y entonces estaba empleado en los caminos de hierro. Su padre y sus hermanos, y sobre todo las mujeres de estos últimos, no sólo evitaban encontrarle, sino que sólo se acordaban de él en los casos de necesidad.

La hermana estaba casada con el barón Gref, funcionario de San Petersburgo, semejante a su padre político.

Iván Ilich era el fénix de la familia, como lo solían llamar. Ni tan frío ni tan correcto como su hermano mayor, ni tan aturdido como el tercero. Ocupaba el justo medio entre ambos: inteligente, vivaracho, agradable y formal. Estudió, con el más joven, en la Escuela de Jurisprudencia. Su hermano fue echado de ella a la cuarta clase; él, por el contrario, concluyó bien sus estudios. En la escuela era ya lo que debía ser toda su vida: un hombre hábil, alegre, comunicativo, y que desempeñaba severamente lo que consideraba su deber; y por deber admitía cuanto era admitido como tal por las personas que ocupan puestos superiores, personas que le atraían como la luz a las moscas, y de quienes adquirió sus maneras, su modo de mirar las cosas. Todas las pasiones de la infancia y de la juventud pasaron sin dejarle profundas huellas. Dejábase llevar de la sensibilidad y de la vanidad, y en rangos más altos, del liberalismo, pero guardando ciertos límites.

En la Escuela de Derecho había cometido acciones que, en ocasiones, le parecieron villanías, y hasta le inspiraron cierto horror a sí mismo; pero ulteriormente, viendo que actos por el estilo eran cometidos por hombres de alta posición y que no



pasaban por malos, las olvidó por completo, sin hacer caso de sus recuerdos.

Recibiendo, al salir de la escuela, el dinero necesario para equiparse, que su padre le entregara, Iván Ilich hízose vestir en casa de Sharmer, puso en la cadena de su reloj, a modo de dije, un medallón en el que se leía *respice finem*; se despidió de sus maestros, dio una comida de adiós a sus colegas, y provisto de maletas, ropa blanca, exterior y objetos de *toilette*, todo nuevo y a la moda, comprado en las mejores tiendas, partió para provincias, donde debía desempeñar las funciones de encargado de los asuntos particulares del gobernador, empleo para él obtenido por su padre.

Una vez en su puesto, pronto logró crearse una situación fácil y agradable, idéntica a la que tenía en la Escuela de Derecho. Servía, hacía su carrera, y al mismo tiempo se divertía de modo conveniente. De vez en cuando partía para los distritos, en calidad de enviado por el gobernador. Manteníase dignamente ante sus superiores o subordinados, desempeñando con exactitud y honradez incorruptibles las funciones de que estaba encargado, honradez de la que no podía dejar de enorgullecerse. A pesar de su juventud y de su tendencia a las ligeras distracciones era muy reservado en lo oficial y hasta severo en los asuntos privados del servicio; pero en las relaciones comunes era siempre alegre e ingenioso, siempre servicial, correcto y buen muchacho, como decían de él su jefe y la mujer de éste, en cuya casa vivía.



Sostenía íntimas relaciones con una señora, la cual habíase aficionado a aquel leguleyo. Trataba también a una modista; se divertía con los ayudantes militares de paso y paseaba por una retirada calle después de cenar. Adulaba a su jefe y sobre todo a su mujer. Pero había en ello un aire de tan gran corrección, que imposible habría sido calificarle con malas palabras; en todo esto no hacía sino seguir el aforismo francés: Necesario es que se pase bien la juventud (*Il faut que jeunesse se passe*). Y hacía todo con manos limpias, camisa limpia y en buen francés, principalmente en la alta sociedad y, por consiguiente, con aprobación de los personajes más elevados.

Así pasaron los cinco primeros años del servicio de Iván Ilich. Súbitamente hubo un cambio. Nuevas instituciones judiciales aparecieron y hubo necesidad de nuevos funcionarios, e Iván Ilich se convirtió en un hombre nuevo.

Se le ofreció la plaza de juez de instrucción, y la aceptó, no obstante serle preciso ir a otro distrito, abandonar relaciones ya establecidas y crearse otras nuevas. Sus amigos le acompañaron a la estación, hízose sacar un grupo fotográfico de todos, se le regaló una cigarrera de plata, y partió para su nuevo cargo.

En su calidad de juez de instrucción, Iván Ilich fue igualmente *comme il faut*; supo distinguir, como antes, los deberes del servicio de los de la vida privada. El nuevo puesto, en sí mismo, ofrecía más interés y atractivos que el de encargado de negocios, antes desempeñado. Ya, en su antiguo empleo, érale agradable pasar uniformado de frac de la casa Sharmer, ante los temblorosos solicitantes que esperaban ser recibidos por su jefe,



y los individuos del servicio que le envidiaban; pero había pocas personas bajo la dependencia directa de su voluntad: el comisario de policía rural y los *raskoiniks* cuando se le enviaba con alguna misión. Le gustaba tratarles con cortesía, reñirles amistosamente, dejándoles sentir que si le convenía podía aplastarles. Pero los casos de envío no se repetían con frecuencia. Ahora, siendo juez de instrucción, Iván Ilich sentía que todos, absolutamente todos –los más importantes, los más satisfechos de sí mismos– estaban entre sus manos, y que le bastaba escribir ciertas palabras, en un papel timbrado, para que aquellos hombres graves, aquellos hombres satisfechos, presentáranse ante él en calidad de acusados o de testigos, y que si no les ofrecía un asiento permanecerían en pie ante él, contestando a todas sus preguntas.

Iván Ilich no abusaba de su poder. Por el contrario, trataba de dulcificarlo. Mas la conciencia de su poder ofrecía todo el interés, todo el atractivo de la novedad. En aquellas funciones, en las pesquisas precisamente, pronto logró cumplir todas las formalidades, separar de ellas cuanto no entraba en el asunto, de modo que en el papel sólo se reflejaba la parte legal, quedando cuidadosamente ocultas sus opiniones personales. Era una cosa nueva. Iván Ilich fue uno de los que primero aplicaron el estatuto de 1864.

En su nueva residencia, el juez de instrucción creóse nuevas amistades, tomando un tono distinto al que empleara cuando fue encargado de negocios particulares. Observaba una distancia respetuosa entre él y las autoridades del distrito, escogiendo sus relaciones en la mejor sociedad de los ricos y



magistrados de la ciudad. Adoptó un tono de ligero descontento respecto al gobierno del centro, de moderado liberalismo y de civismo burgués. Con esto, sin cambiar nada en su tocado ni en su modo de vestir, no se volvió a afeitarse, dejándose crecer la barba.

La vida de Iván Ilich se hizo agradabilísima; la sociedad crítica, opuesta al gobernador, era íntima y buena; su sueldo era ya más considerable, y lo que sobre todo aumentaba su alegría eran las partidas de whist que regularmente jugaba. Tenía el don de jugar alegremente, de reflexionar con rapidez y mucha finura, de modo que casi siempre ganaba.

A los dos años de servicio en la nueva residencia, Iván Ilich conoció a su futura esposa. Prascovia Feodorovna Mijil era la más seductora, la más inteligente y la más brillante joven de la sociedad frecuentada por el juez de instrucción. Entre otras distracciones y diversiones, Iván Ilich había creado relaciones amistosas con Prascovia Feodorovna.

Como oficial de comisiones especiales, había bailado mucho, pero como juez de instrucción sólo bailaba excepcionalmente. Sin embargo, gustábale mostrar que, aunque magistrado de quinta clase, cuando era necesario bailar podía sobresalir como en otra cosa; y de cuando en cuando, al final de las veladas, bailaba con Prascovia Feodorovna, cuyo corazón cautivó precisamente en ese tiempo. Ella se enamoró de él. Ivan Ilich no tuvo la intención clara y determinada de casarse; más, cuando comprendió que ella estaba enamorada:



"En suma, ¿por qué no me he de casar?" — se dijo.

Prascovia Feodorovna pertenecía a una buena y noble familia, y disponía de una pequeña dote. Iván Ilich podía aspirar a un partido más brillante, pero aquél no era malo del todo. Él tenía su sueldo, y pensaba que la novia le llevaría el equivalente. Además, estaba bien emparentada, era graciosa, linda, una mujer, en fin, completamente *comme il faut*. Tan injusto sería decir que Iván Ilich quería casarse porque estaba enamorado de su prometida y veía en ella una compañera de su carácter y opiniones, como afirmar que se casaba porque las personas de su clase aprobaban aquella elección. Iván Ilich se casaba por dos consideraciones: porque era cosa agradable adquirir semejante esposa, y, en segundo lugar, porque las personas de alta posición lo encontraban razonable.

Y se casó. El proceso mismo del matrimonio y de la primera época de vida conyugal —con las caricias matrimoniales, los nuevos muebles, la vajilla nueva, la nueva ropa blanca— hasta la preñez de su esposa, pasáronse muy bien. De manera que Iván Ilich comenzaba a creer que, su vida agradable, fácil, alegre, siempre decente y aprobada por la sociedad, no sólo no sería turbada por el matrimonio, sino embellecida más bien, gracias a él. Pero, precisamente en aquel tiempo, en los primeros meses del embarazo de su mujer, ocurrió algo nuevo, imprevisto, desagradable, penoso, inconveniente, y de lo que no había manera de librarse.

Su mujer —sin razón, pensaba Iván Ilich— empezó a turbar el encanto y la decencia de su vida; hízose celosa, exigió de él los



más solícitos cuidados, halló qué replicar a todo, le hacía desagradables, groseras escenas.

Al principio, Iván Ilich esperó salir pronto de situación tan lamentable, por medio de aquel modo fácil y decente de considerar la vida que antes le salvara. Aparentaba ignorar el mal humor de su esposa; continuaba llevando la misma existencia agradable y regular; invitaba a que fueran a su casa sus amigos; jugaban allí a las cartas; procuraba ir al círculo o a casa de sus conocidos. Pero la esposa lo reñía con palabras groseras, y de modo tan enérgico y obstinado, recomenzando cuando las cosas no iban con arreglo a sus deseos, y tan visiblemente decidida a vencerle, a obligarle a permanecer en casa y a fastidiarse como ella, que Iván Ilich llegó a sentir espanto. Comprendió que la vida conyugal, con su mujer al menos, no correspondía a los encantos y excelencias deseados; que, por el contrario, lo turbaba, y que era urgente prepararse contra aquellas irregularidades. Y trató de encontrar los medios para conseguirlo.

El servicio era la única cosa que imponía a Prascovia Feodorovna, y este servicio y las exigencias que de él resultaban escogió como medio de lucha para reconquistar su independencia.

El nacimiento de un niño, los ensayos de la lactancia y sus fracasos, las enfermedades, reales e imaginarias, de la madre y de la criatura, por las cuales se exigía la presencia y las atenciones del marido, aun cuando él nada pudiera hacer ni comprender, hizo más imperiosa en él la necesidad de crearse



un mundo fuera de la familia. Conforme aumentaban la irritabilidad y las exigencias de su mujer, él se iba entregando más cada vez al servicio, que le gustaba más de día en día, y se tornaba doblemente ambicioso.

Muy pronto, apenas un año después del matrimonio, Iván Ilich comprendió que la vida conyugal, si bien ofrecía algunas comodidades, era, en suma, un asunto bastante complicado y difícil, y para cumplir su deber, es decir, para llevar una vida digna y aprobada por la sociedad, se hacían necesarias ciertas relaciones determinadas, como en el servicio. Y fueron las que estableció Iván Ilich. No exigió de la vida de familia sino las comodidades de una comida en su casa, de una buena cama, de cierto orden y, principalmente, las conveniencias exteriores, exigidas por la opinión pública. En todo lo demás sólo buscaba una alegría exterior, y, cuando la encontraba, sentíase agradecidísimo. Más cuando tropezaba con la resistencia y con el mal humor marchábase a su servicio, al medio que se había creado, y en el cual se hallaba a sus anchas.

Iván Ilich era muy apreciado como buen funcionario, y al cabo de tres años fue nombrado ayudante del procurador. Las nuevas obligaciones, su importancia, la posibilidad de hacer juzgar y apresar a quien quisiera, los discursos públicos y los triunfos que obtenía le aficionaron más aún al servicio.

Conforme iban naciendo niños, lo detestable del carácter de su mujer aumentaba: se hacía más intolerante y más áspera; pero las reglas que se había impuesto para la vida doméstica le tornaban casi insensible a su mal humor.



Al cabo de siete años de servicios en X., Iván Ilich fue nombrado procurador en otro distrito. La familia hubo de trasladarse, teniendo poco dinero. A Prascovia Feodorovna no le agradaba la nueva población. El sueldo era mayor, pero la vida más cara, añádase a esto que dos niños fallecieron, y la vida de familia desagradaba más cada vez a Iván Ilich. Prascovia Feodorovna reprochaba a su marido todos los infortunios ocurridos en la nueva residencia. Las conversaciones entre los esposos eran generalmente sobre recuerdos de disputas anteriores, y las disputas estallaban a cada instante. Los periodos puramente amorosos eran lo único que ocasionaba cierta armonía entre el marido y la mujer; pero aquellos períodos no eran duraderos, sino como pequeñas islas que abordaban por algún tiempo, y pronto abandonaban para de nuevo lanzarse al mar de los rencores, a la aversión recíproca y al aislamiento.

Este aislamiento habría podido contrariar a Iván Ilich, si él hubiera pensado que aquello podía marchar de otro modo; pero consideraba la situación no sólo como normal, sino hasta como objeto de su actividad familiar, objeto que era llegar a alejar de sí y gradualmente las contrariedades y darles un carácter inofensivo y conveniente. Y realizaba esto permaneciendo menos cada vez en casa, y, cuando veíase obligado a no salir, aseguraba su tranquilidad por medio de la presencia de extraños.

Pero lo que sobre todo le ayudaba eran sus funciones. La conciencia de su poder, la posibilidad de hacer perecer al hombre que se le antojara, su gravedad exterior cuando entraba



en el Palacio y cuando se encontraba con sus subordinados, los triunfos que obtenía ante sus superiores y, principalmente, el arte para saber bien conducir los asuntos judiciales, que se reconocía él a sí mismo, todo le contentaba y, unido a sus comidas con los amigos y al juego del whist, llenaba su existencia. De suerte que, en general, la vida de Iván Ilich continuaba tal como él creyera debía ser: agradable y conveniente.

Siete años vivió de igual manera. Su hija mayor tenía ya dieciséis. Murió otro hijo: sólo quedó uno, un colegial, motivo de discordia. Iván Ilich quería que terminara su educación, siguiendo la carrera de jurisprudencia, pero Prascovia Feodorovna, por espíritu de contradicción, hábale introducido en el colegio. La joven era educada en casa de sus padres, y a maravilla crecía en estatura y conocimientos. El colegial tampoco era torpe.



3

De esta manera transcurrieron los diecisiete primeros años que siguieron al del matrimonio de Iván Ilich. Era ya viejo procurador, que había rehusado algunas colocaciones, con la esperanza de obtener otra mejor aún; pero repentinamente ocurrieron acontecimientos que poco faltó para que turbaran su tranquila existencia. Iván Ilich esperaba la plaza de presidente en una ciudad universitaria, más Goppe habíale tomado la delantera y le arrebató la colocación.

Se irritó Iván Ilich; todo él se hizo recriminaciones, y concluyó por disgustarse con sus jefes inmediatos. La frialdad le cercó y, en los otros nombramientos, fue igualmente omitido. Esto ocurría en 1880, un penoso año en la vida de nuestro hombre, porque a la vez notó, de una parte, que el dinero que el empleo producía no bastaba para atender a las necesidades de la existencia, y, por la otra, que todo el mundo le había olvidado. Y lo que para él era una injusticia, para los demás era una cosa naturalísima. Hasta su padre no creía deber suyo protegerle. Sintióse abandonado por cuantos creían que su situación, con los 3 500 rublos de sueldo, era normal y hasta feliz. Sólo él sabía, con la conciencia de todas las injusticias sufridas y las



continuas recriminaciones de su esposa, con las deudas que empezaba a contraer, y que excedían a sus medios, sólo él sabía que su situación estaba lejos de ser normal.

En el verano de 1880, para disminuir los gastos, pidió licencia, y partió, con su mujer, a pasar el estío en casa de los padres de Prascovia Feodorovna. En el campo, sin ocupación, por primera vez sintió Iván Ilich, no sólo el fastidio, sino una tristeza insoportable, motivos por que decidió no era posible vivir de aquel modo, que era necesario recurrir a medios decisivos, costara lo que costase. Habiendo pasado una noche de insomnio, durante la cual se paseó de un lado a otro del terrado, resolvió ir a San Petersburgo para tratar de obtener su traslado a otro ministerio, a fin de castigar "a los que no podían comprender su valor". Al siguiente día, no obstante las observaciones de su mujer y de su cuñado, partió para San Petersburgo.

Partió con un objeto: el de solicitar una plaza con 5 000 rublos. No le importaba el cambio de ministerio, ni dirección, ni clase de funciones. Necesitaba una colocación en que ganar 5 000 rublos, fuera en la administración, en el banco, en los caminos de hierro, en las instituciones de la emperatriz María, hasta en la aduana; pero absolutamente, a toda costa, los 5 000 rublos, y salir del ministerio donde no se le sabía apreciar. Y he aquí que el viaje de Iván Ilich fue coronado por el éxito más inesperado y sorprendente. En Kursk entró un amigo suyo en el vagón de primera clase en que él iba, F. C. Ilin, quien le comunicó un telegrama recientísimo, recibido por el gobernador de Kursk, telegrama en que se anunciaba que uno de aquellos días



ocurriría algo en el ministerio: para la plaza de Piotr Petrovich sería nombrado Iván Semeonovich.

El cambio no sólo era importante para toda Rusia, sino que, sobre todo, tenía un significado para Iván Ilich, pues, haciendo resaltar la personalidad de Piotr Petrovich, y evidentemente la de su amigo Zachar Ivánovich, todo se tornaba en favor de nuestro héroe. Zachar Ivánovich era, en efecto, el colega y amigo de Iván Ilich.

La noticia le fue confirmada en Moscú. Al llegar a San Petersburgo, Iván Ilich visitó a Zachar Ivánovich, y obtuvo de él la promesa de una plaza segura en el mismo ministerio en que él estaba.

Ocho días después telegrafiaba a su mujer:

"Zachar, plaza Miller. Recibiré nombramiento en el primer despacho."

Gracias a aquel cambio de personajes, Iván Ilich adquirió tal posición en su antiguo ministerio que tenía dos grados más que sus colegas, 5 000 rublos de sueldo y 3 000 más, por los derechos de traslado.

Volvió al campo, satisfecho como no lo estuviera desde hacía mucho tiempo. Prascovia Feodorovna también se puso alegre; hubo entre ellos una reconciliación. Iván Ilich contaba lo mucho que le habían honrado, cuánto se le quería en San Petersburgo; cómo sus enemigos se sentían avergonzados, cometían bajezas



y envidiaban su posición. Prascovia Feodorovna le escuchaba aparentando creerle, sin contradecirle mucho. Luego sometió a su parecer todos los proyectos que concibiera respecto al arreglo de su existencia en la ciudad en que iban a habitar; y veía con alegría que los proyectos de su mujer eran los suyos, que estaban completamente de acuerdo, que la interrumpida existencia volvía a tomar su verdadero carácter, un carácter de alegría agradable y decente.

Iván Ilich pasó poco tiempo más en el campo. El 10 de septiembre había de comenzar a ejercer sus nuevas funciones; además, la instalación le preocupaba: el transporte de lo que tenía en provincias, la compra de muchas cosas... En una palabra, era preciso instalarse de la manera que él lo concebía, y como lo concebía, casi igualmente, Prascovia Feodorovna. Cuando todo estuvo convenido, cuando se vieron tan de acuerdo –no solían estar juntos con frecuencia, por otra parte– tornáronse más amigos que nunca, desde los primeros meses de matrimonio.

Iván Ilich púsose en camino, y la alegría, producida por el éxito y por el acuerdo con su mujer, no le abandonaba. Encontró en la capital un piso encantador, tal como lo soñaran marido y mujer. Los aposentos de recepción largos y anchos, de estilo antiguo, un gabinete grandioso y confortable; alcobas para su mujer y su hija; un despacho para su hijo, todo como expresamente hecho para ellos.

El mismo Iván Ilich hizo la instalación, escogiendo los colores y las tapicerías, comprando los muebles que faltaban, sobre todo



antiguos, a los que sabía dar un estilo, un *comme il faut* particular, y todo avanzaba y acercábase a su ideal. Cuando la mitad estuvo hecha, la instalación excedió a sus esperanzas. Comprendió qué aire confortable, gracioso y no común, tendría todo cuando estuviera terminado. Al dormirse, por la noche, trató de representarse el gran salón tal como sería; y mirándole, no concluido aún, veía ya la chimenea, la araña y demás muebles allí esparcidos en orden, y aquellos platos en las paredes, y aquellos bronceos en su sitio.

Regocijábese al pensar en la sorpresa de su mujer y de Lisinka.

"¡Ellas, que tanto gusto tienen para estas cosas!" — se decía.

No esperarían nada de aquello, de aquella multitud de objetos antiguos, que a lo demás daban un carácter particularmente distinguido. Se explicaba del peor modo en sus cartas, a fin de que después se sintieran más sorprendidas. Aquello le ocupó de tal manera, que sus nuevas funciones le interesaban menos de lo que había previsto, y eso que el servicio era cosa que adoraba. Durante las audiencias tenía momentos de distracción; pensaba si estarían mejor las perchas rectas que las dobladas hacia arriba; y de tal manera estaba preocupado que a menudo trabajaba él mismo, colocando a su gusto los muebles, fijando tapices. Hasta llegó a subir por una escalera para decir al tapicero, poco entendedor, cómo debían colocarse los cortinajes. Poco faltó para que cayera al dar un paso: mas, fuerte y ágil, se las compuso de manera que sólo se rozó una de sus manos contra la ventana. La contusión le hizo daño, pero un daño que pasó pronto.



Iván Ilich se sintió, todo aquel tiempo, alegre y en perfecto estado de salud. Escribía que había rejuvenecido quince años.

Creía terminar la instalación hacia fines de septiembre, pero se prolongó hasta mediados de octubre. En cambio era encantadora; no sólo a su entender: todo el que la vio fue de su opinión.

En suma, allí sólo había lo que se suele ver en casa de las personas no muy ricas, pero que quieren parecerlo, cosa que hace que se asemejen los unos a los otros: perchas, maderas, nogal, flores, tapices y bronces mates y brillantes: cuanto acumulan ciertas personas para parecerse a las que realmente son opulentas. Y en casa de Iván Ilich el parecido era tal, que ni aun la atención reparaba en ello, por mucho que a él se le antojase ser algo superior.

Cuando recibió a su mujer y a su hija en la estación; cuando las acompañó a las habitaciones tan bien alumbradas; cuando el lacayo, con corbata blanca, abrió ante ellas la puerta que conducía a la antesala, guarnecida de flores; cuando vieron el salón y el gabinete, exhalando gritos de satisfacción y de entusiasmo, él se sintió felicísimo, las hizo examinar todo, y saboreó sus elogios, radiante de alegría.

Aquella misma noche, Prascovia Feodorovna le preguntó, entre otras cosas, cómo había sufrido el golpe; y él describió su caída, diciéndole cuánto había espantado al tapicero.



—¡No en balde aprendí gimnasia! Otro, en mi lugar, se habría matado; yo, apenas si me hice daño. En el momento en que se recibe, resulta algo doloroso; pero se cura... y sólo queda un cardenal...

Recomenzaron su existencia, mas, como ocurre siempre, cuando estuvieron habituados al nuevo domicilio, descubrieron que "faltaba todavía una pieza"; si él pudiera aumentar el nuevo sueldo en 500 rublos, todo iría bien.

La época primera fue más agradable; cuando todavía no estaba terminado todo, comprar una cosa, encargar otra, cambiar de sitio esto, colocar bien aquello, eran distracciones, placeres. Aun cuando hubiera algunos desacuerdos, los esposos estaban satisfechos, había demasiado en qué ocuparse para perder el tiempo en disputas. Pero cuando la instalación hubo terminado completamente, otra vez comenzaron a fastidiarse: faltaba algo.

Pronto se encontraron nuevas relaciones, se adquirieron algunas costumbres, y la vida tornó a ser tranquila.

Iván Ilich pasaba el día en el Palacio; no iba a casa sino para comer, y al principio su disposición de espíritu fue muy buena, aunque ligeramente turbada por el deseo de que la instalación estuviera siempre como él la había dejado: las manchas en la alfombra, en las perchas, o un fleco de cualquier cortina en el suelo, eran cosas que le irritaban. Le había preocupado de tal modo el arreglo de todo aquello, que no podía sufrir la más pequeña destrucción.



En general, la existencia era tal como debía ser, con arreglo a sus creencias: fácil, agradable y digna. Se levantaba a las nueve, tomaba café, leía la prensa, vestía su uniforme de media gala e íbase al Palacio.

De tal modo habíase hecho a su trabajo, que no encontraba en él ninguna dificultad. Solicitantes, datos de cancillería, audiencias, todo era perfectamente ordenado. De todo sabía excluir la crudeza que turba la regularidad de los asuntos del servicio. Porque allí era preciso no admitir otras relaciones que las oficiales. Y el motivo de las relaciones, como las relaciones mismas, sólo debía ser oficial.

Ejemplo: se presenta un hombre que desea saber alguna cosa. Iván Ilich, como quiera que aquella persona no es del oficio, no puede tener relaciones con él; pero, si en el comunicado del visitante ve algo oficial, algo que pueda escribirse en papel timbrado, Iván Ilich hará, en aquellos límites, cuanto sea posible, observando a la vez una especie de actitud cordial y muy cortés. Más, en cuanto la comunicación oficial ha concluido, todo queda acabado al mismo tiempo.

Aquel don de separar lo oficial de lo real, sin nunca confundirlos, Iván Ilich lo poseía en el más alto grado. Su perfección era tal que, en ocasiones, como *amateur*, bromeando, se permitía confundir ambas cosas; se lo permitía porque sentíase con fuerzas para separar lo oficial de lo humano en cuanto era menester.

En los intervalos fumaba, tomaba té, hablaba algo de política, algo de asuntos oficiales, algo del juego y, sobre todo, se ocupaba de nombramientos. Y fatigado, con el sentimiento del virtuoso que ha tocado su parte como primer violín de orquesta, regresaba a su domicilio.

En casa, la hija y la madre salían cuando no tenían visitas. El hijo estaba en el colegio, preparaba sus lecciones, aprendía regularmente cuanto le hacían aprender. Todo iba bien.

Después de comer, si no había visitas, Iván Ilich solía leer un libro del que se hablaba mucho, y por la noche tornaba a sus asuntos, es decir, que leía papeles, repasaba códigos, confrontaba declaraciones con artículos de la ley. No estaba alegre, tampoco triste. Si se fastidiaba jugaba al whist, pero si no había con quién, prefería trabajar a quedar solo con su esposa.

El verdadero placer de Iván Ilich estaba en las comidas que ofrecía a personas importantes, señoras y caballeros, comidas que se parecían a las comidas de todos los presentes, como su salón pudiera asemejarse a todos sus salones. Hasta dio, cierto día, una velada. Se bailó; Iván Ilich estaba alegre, todo iba bien, cuando de repente surgió una discusión a propósito de la pastelería. Prascovia Feodorovna tenía su proyecto, pero Iván Ilich insistió en que todo se comprara en casa de los mejores pasteleros, y él mismo compró mucho. Y acabó la discusión en que ninguno de los pasteles se comiera y la cuenta del pastelero se elevara a 45 rublos. La disputa fue desagradable: Prascovia



Feodorovna le llamó bruto, necio, torpe. Él se oprimió la cabeza y habló de divorcio.

Pero la velada fue alegre. A ella asistió la flor y nata de la ciudad. Iván Ilich bailó con la princesa Trufonova, la hermana de aquella princesa que se dio a conocer por medio de la organización de la sociedad titulada Quita-Pesares.

Las alegrías oficiales eran las alegrías del amor propio satisfecho; las alegrías sociales eran las de la vanidad; pero la mayor de las alegrías de Iván Ilich era jugar al whist. Confesaba que, tras las contrariedades de la vida, su puro placer era acercarse a la mesa con jugadores tranquilos, y organizar una partida entre cuatro (entre cinco érale penoso, aun cuando fingiera que le agradaba), y jugar de una manera inteligente, con cartas favorables. Cenar después y beber un vaso de vino. He ahí sus alegrías personales. Por consiguiente, Iván Ilich íbase a la cama en las mejores disposiciones después de una partida en que ganara moderadamente, porque ganar demasiado no le agradaba.

Las relaciones de Iván y de su familia eran las mejores. Se componían de personas graves y de jóvenes. En la manera de elegir sus amistades, marido, mujer e hija estaban de acuerdo. No era menester que se pusieran de acuerdo anticipadamente. Todos sabían rechazar de un modo admirable a los parientes y amigos no lo suficientemente apropiados, que con caricias llegaban a su salón; las personas aquellas no tardaban en suspender sus visitas. De esta manera, en casa de los Golovin sólo quedaba la buena sociedad.



Todos hacían la corte a su Liseta, y Petristchev, el hijo de Dmitri Ivánovich, único heredero de su fortuna y juez de instrucción, siempre andaba detrás de la joven hija de Iván Ilich, de manera que éste hablaba ya del asunto con Prascovia Feodorovna.

—¿No sería bueno hacer que salieran juntos en troika, o bien organizar una fiesta cualquiera?

He aquí cómo vivía Iván Ilich. Y todo marchaba inmutablemente y todo marchaba bien.



4

Todos gozaban de buena salud, porque de enfermedad no podía calificarse lo que Iván Ilich decía sentir con frecuencia en el lado izquierdo del vientre y un sabor extraño en la boca. Pero ocurrió que aquella sensación desagradable comenzó a aumentar y a causarle, no aún el dolor, pero sí pesadez en el vientre y mal humor.

Este mal humor, aumentando más cada vez, concluyó por turbar su vida fácil y digna, restablecida apenas en la familia. El marido y la mujer volvieron nuevamente a sus disputas, y pronto de la vida fácil y agradable se pudieron conservar con trabajo las apariencias. Las escenas tornaron a ser frecuentes. Otra vez volvieron a quedar sólo aquellas islas, pero muy raras también, a que los esposos podían abordar sin cólera. Prascovia Feodorovna decía, no sin razón, que su marido tenía un carácter difícil. Con su costumbre de exagerarlo todo, afirmaba que él siempre había tenido aquel terrible carácter, y que había sido precisa su bondad para soportarlo durante veinte años.

Hablando con verdad, él era quien por entonces comenzaba las discusiones. Sus exigencias aparecían siempre en el momento



de sentarse a la mesa, y con frecuencia hasta cuando empezaba a comer. Tan pronto notaba que tal plato estaba estropeado, como que su hijo ponía los codos en la mesa, o bien que el peinado de su hija no era conveniente. Y todo lo reprochaba a Prascovia Feodorovna.

Al principio ella replicaba, le decía cosas desagradables; pero dos ocasiones, en los comienzos de la comida, se apoderó de él tal rabia, que ella comprendió se trataba de un estado enfermizo, y guardó silencio; no respondía, apresuraba la comida. Prascovia Feodorovna consideraba que su resignación era un gran mérito. Habiendo resuelto que su marido tenía un carácter terrible, que había hecho su desgracia, compadecíase a sí misma. Y cuanto más aumentaba aquella compasión, más grande era el odio que su esposo le inspiraba. Hubiera deseado que muriese, pero no le era posible querer su muerte, porque sin él no habría sueldo. Y aquello la irritaba más en su contra.

Considerábase desgraciada, porque ni la misma muerte de su esposo podía ya salvarla. Y se irritaba, pero disimulaba, y su irritación oculta redoblaba el mal estado de su marido.

Después de una escena en la que Iván Ilich fue particularmente injusto, y en la cual confesó que en efecto era muy nervioso y que aquello procedía de la enfermedad, Prascovia Feodorovna le dijo que si estaba enfermo debía cuidarse, y exigió que fuera a ver a un médico célebre.

Y fue. Todo pasó como pensaba: todo sucedió como acontece siempre: la espera, la gravedad afectada del médico, aquella



gravedad, equivalente a la que él asumía en el tribunal; y la auscultación, y las preguntas que exigen de antemano respuestas determinadas y evidentemente inútiles, y el aire importante que expresa que no tenéis sino someteros para que nosotros lo arreglemos todo, pues nosotros sabemos infaliblemente cómo arreglarlo, de igual modo en todos los hombres, sean quienes fueren...

Absolutamente lo mismo que en el tribunal. Exactamente los mismos aires que adoptaba Iván Ilich con los acusados, el médico célebre tomábalos ante él. Decía el doctor:

"Esto y esto indica que usted tiene esto y aquello en el interior; pero, si en el análisis de tal cosa no queda esto demostrado, menester será suponer esto y esto... Si se supone esto y esto... entonces... etcétera, etcétera."

Una sola cuestión interesaba a Iván Ilich: ¿Era grave su estado? Pero el médico no dio importancia a tal cuestión, completamente inoportuna. A su entender era inútil, y ni aun el razonamiento soportaba. Lo importante para él era restablecer el diagnóstico diferencial entre un riñón flotante, un catarro crónico y una enfermedad en el *coecum*. No se trataba de la vida de Iván Ilich, sino sólo de la discusión entre el riñón flotante, el catarro crónico y la enfermedad del *coecum*. Y el doctor resolvió aquella discusión ante Iván Ilich de un modo brillante y en favor del *coecum*, diciendo, sin embargo, que el análisis de la orina podía dar nuevas piezas de convicción y, que entonces, el asunto sería examinado nuevamente.



Era aquélla la misma conducta que Iván Ilich observara en muchas ocasiones, de un modo brillante, con los acusados. El doctor hizo su resumen con no menor brillantez, lanzando una mirada penetrante y por encima de los lentes hacia donde se hallaba el enfermo.

Y aquello desanimó a Iván Ilich, provocando un sentimiento de gran piedad hacia sí mismo y de inmensísimo rencor hacia el médico, tan indiferente ante una cuestión tan grave. Pero no replicó nada. Se levantó, dejó el dinero sobre la mesa, y preguntó:

—Probable es que nosotros, los enfermos, hagamos preguntas inoportunas; mas, en resumen, ¿es o no peligrosa mi enfermedad?

El doctor le miró severamente, con un solo ojo y por encima de los lentes, como si quisiera decir:

"Acusado, si no observáis los límites de las cuestiones a que se os manda responder, forzado me veré a arrojaros de la sala de audiencia."

—Os dije ya lo que me figuro útil y sin inconvenientes —manifestó en voz alta—. El resto se sabrá gracias al análisis.

Y el doctor saludó.

Iván Ilich salió con lentitud de aquella casa, volviendo a establecerse en el trineo que debía conducirlo a su domicilio.



Mientras caminaba trató de recordar lo que el doctor le dijera, queriendo traducir sus frases embrolladas, aprendidas de antemano, a un idioma sencillo, para encontrar respuesta a la pregunta:

"¿Mi situación es grave, gravísima, o no?"

Todo le parecía lúgubre en las calles. Los cocheros estaban tristes, las casas estaban tristes, los transeúntes, las tiendas, estaban tristes.

Y aquel dolor sordo, desagradable, que no le abandonaba un segundo, tenía para él un significado serio, en relación con las confusas palabras del doctor. Iván Ilich le escuchaba con sentimiento de angustia nueva.

Una vez en casa, refirió a Prascovia Feodorovna lo acaecido en su visita. Ella le escuchaba, mas en mitad de la conversación su hija entró en el aposento, vestida de calle y con el sombrero puesto: se disponía a salir con su madre. Ésta hizo un esfuerzo para seguir escuchando, pero la voluntad no fue duradera, y ambas partieron antes de que Iván concluyese. Sin embargo, Prascovia Feodorovna tuvo tiempo para decir:

—¡Bueno! Estoy contentísima. Fíjate ahora y toma tus remedios regularmente. Dame la receta. Enviaré a Guerassim a la farmacia.

Y se marchó. Mientras que ella estuvo en el aposento, él contuvo su respiración; luego suspiró tristísimamente.



"Bueno... — se dijo —. Quizá no sea nada, efectivamente."

Tomó los medicamentos, siguiendo las prescripciones, que se vieron cambiadas después del examen de la orina. Pero he aquí que se notó en el segundo análisis que también había habido error. Le fue imposible hablar con el médico; no pudo llegar hasta él.

¿Y cómo saber si las prescripciones eran buenas? O el doctor había olvidado algo, o bien había mentido, o bien trató de ocultarle esto o lo otro. No obstante su indecisión, Iván Ilich se atuvo a las recetas. Al principio halló allí un consuelo. Después de la visita al médico, su principal ocupación era obedecerlas exactamente, y atender su enfermedad y cómo se cumplían las funciones de su organismo.

Los intereses profundos de Iván Ilich eran entonces la enfermedad y la salud. Cuando ante él se hablaba de muertos, de enfermos, de convalecientes, y sobre todo de una enfermedad semejante a la suya, trataba de ocultar su emoción, sin que por ello cesara de escuchar, preguntar y comparar.

El dolor no disminuía, pero Iván Ilich hacía esfuerzos sobre sí mismo para obligarse a creer que iba mejor, y hasta conseguía engañarse mientras nada le turbaba. Mas, en cuanto se suscitaba una disputa con su mujer, cualquier contrariedad en el servicio, el más mínimo fracaso en el whist, entonces sentía la fuerza de su enfermedad. Soportaba en otro tiempo las derrotas, esperando que en breve cubriera los fracasos con un



triunfo. Entonces, cualquier contrariedad le fastidiaba hasta conducirlo a la desesperación. Se decía:

"¡Vaya! ¡En cuanto comienzo a sentirme mejor, en cuanto el medicamento empieza a obrar, he aquí que el maldito disgusto...!"

Se enfureció contra la desgracia y con los hombres que se la llevaban. Sentía que aquella cólera le mataba, pero no podía dominarla. Debía saber que su rencor agravaba su enfermedad, y que no debía prestar gran atención a nada de cuanto solía preocuparle; pero también razonaba en contra: se decía que precisaba reposo, que todo interrumpía este reposo, porque a él le inquietaba cuanto podía ser capaz de inquietarle.

La lectura de libros de medicina y las palabras de los médicos agravaban su situación. La enfermedad progresaba, de manera que podía engañarse comparándola un día con otro. ¡La diferencia era tan mínima!

Pero cuando consultaba a los médicos, parecía que todo iba peor, hasta más rápidamente. Y, no obstante esto, a cada momento les consultaba. Había ido a visitar a otra celebridad. Y esta celebridad le había dicho lo propio que la anteriormente consultada, sólo que sus preguntas viéronse establecidas distintamente.

Y el resultado de la entrevista no hizo sino reiterar la duda y el miedo de Iván Ilich. El amigo de uno de sus amigos, muy buen médico él, estableció un diagnóstico del todo diferente. Y, no



obstante prometer la cura, redobló con sus preguntas la duda del enfermo.

Un homeópata determinó de modo distinto a todos, la enfermedad de Iván Ilich, y dióle un medicamento que él tomó por espacio de una semana. Más, no sintiendo mejoría y habiendo perdido la confianza en todos los remedios, cayó en el abatimiento.

En cierta ocasión una señora, visita de la casa, refirió una cura verificada por medio de las imágenes religiosas. Iván Ilich sintióse sorprendido al escucharla atentamente. Aquello le causó espanto. Se decía:

"¿Es que mis capacidades intelectuales se debilitan? ¡Necedad! Menester es no abandonarse a la hipocondría. Y, escogiendo un buen médico, seguir sus prescripciones. Esto es lo que haré. Hasta el verano seguiré su tratamiento. Veremos después. ¡Las vacilaciones han concluido!"

¡Fácil era la cosa para dicha! Minábale el dolor; hubiérase creído que se tornaba más constante; el sabor en la boca era más extraño; le parecía que aquello exhalaba un olor horrible; el apetito y las fuerzas declinaban. No cabía el error; algo horroroso, y tan importante que nada era a ello comparable en la vida de Iván Ilich, se iba cumpliendo. ¡Y sólo él lo notaba! Cuantos le rodeaban no querían o no podían comprenderle, y se figuraban que todo en este mundo acaecía como en tiempos pasados. Tal idea le hacía sufrir más. Los de casa, sobre todo su mujer y su hija, de lleno en el mundano movimiento, nada



comprendían, lo veía, como veía que les contrariaba que estuviera tan lúgubre como un culpable.

Aun cuando trataban de disimularlo, veía que él era una causa de fastidio, y que su mujer había tomado cierta actitud respecto a su enfermedad, permaneciendo independiente de cuanto decía y hacía. He aquí explicada su actitud:

—Ustedes saben —decía ella a los conocidos— que Iván Ilich no puede someterse exactamente al tratamiento, como es posible a todo el mundo. Hoy toma o hace lo que se le dice; mañana, si yo olvido tener cuidado, ya no se acordó de los medicamentos, come lo que no debe, y juega al whist hasta la una de la madrugada.

—¡Vamos! —Replicaba Iván Ilich con fastidio—. Sólo una vez jugué tarde... en casa de Piotr Ivánovich.

—¡Y ayer con Shebek! —pronunciaba la mujer.

—No hubiera dormido con el dolor.

—Pero, sea como quiera, el caso es que de este modo no curarás y que nos haces sufrir.

Y todo cuanto expresaba a los demás y se expresaba a sí misma era en el sentido de que la enfermedad de su esposo significaba un nuevo disgusto que éste le hacía sufrir. Iván Ilich sentía que en ella no era extraño pensar de aquella manera, lo que no le tranquilizaba cosa mayor.



En el tribunal, Iván Ilich veía o creía ver la misma extraña actitud respecto a él; tan pronto le parecía que se le miraba con demasiada atención y como a hombre que pronto dejará tras sí una plaza vacante, o bien, en su presencia, sus amigos bromeaban acerca de su susceptibilidad, como si aquella cosa terrible, horrorosa, aquella cosa imprevista que le roía sin cesar, que le arrastraba irresistiblemente, sin que supiera hacia dónde, fuera su favorito motivo de broma. Schwarz, sobre todo, le irritaba muchísimo con su carácter alegre, lleno de vida, y su aire *comme il faut*, pues recordaba a Iván Ilich lo que él fuera diez años antes.

Reuníanse los amigos para jugar. Todo parecía alegre, seductor; mas, de repente, Iván Ilich sentía aquel dolor roedor, aquel mal gusto en la boca, y descubría algo de salvaje en la alegría de los demás. Veía cómo Mikail Mikailovich, colocado frente a él, golpeaba la mesa con sus manos sanguíneas, y conteníase con indulgencia y cortesía para coger las cartas y empujarlas hacia Iván Ilich, a fin de que éste tuviera el placer de tomarlas sin fatigarse.

"¡Cómo! Cree que soy débil para alargar la mano" –decíase Iván Ilich.

Y sufría.

Los demás se daban cuenta de sus padecimientos y le decían:

–Podemos suspender si está usted fatigado. Descanse.



—¿Descansar? ¡Pero si no estoy cansado!

Y concluían la partida. Todos estaban sombríos y silenciosos; Iván Ilich sentía que él era la causa de aquella tristeza, y no lograba disiparla.

Comían y se separaban. Iván Ilich quedaba con el sentimiento de que su vida estaba envenenada, de que envenenaba la de los demás, y de que aquel veneno, en vez de disminuir, penetraba más cada vez todo su ser. Con tal sentimiento, acompañado de dolor físico y de terror, necesario era acostarse y pasar la mayor parte de la noche sin poder dormir, a causa del dolor, y levantarse al siguiente día, vestirse, ir al tribunal, hablar, escribir, o bien quedarse en casa y pasar veinticuatro horas de sufrimiento.

¡Vivir solo, al borde del precipicio, sin un ser que le entendiera, que se apiadase de él!



5

Pasaron así dos meses.

Antes de año nuevo, el cuñado de Golovin, de paso para la ciudad, paró en casa de sus parientes. Iván Ilich estaba en el tribunal. Prascovia Feodorovna hacía sus compras. De regreso, Iván Ilich halló en su gabinete al cuñado, un sanguíneo lleno de salud, que se disponía a abrir por sí mismo sus maletas. Miró a Iván Ilich, sorprendido, sin hablar. Aquella mirada fue lo más significativa para el enfermo.

El cuñado abrió la boca para proferir una exclamación, pero se contuvo.

— ¡Qué! ¿He cambiado mucho?

— ¡Sí... has cambiado.

Y cada vez que Iván Ilich quería reanudar la conversación respecto a su exterior, el cuñado guardaba silencio.



Cuando Prascovia Feodorovna estuvo de vuelta, pasó a sus aposentos.

Iván Ilich cerró la puerta con llave, y empezó a mirarse en el espejo, primero de frente, luego de perfil. Tomó la fotografía en que se hallaba retratado con su mujer, y la comparó con la imagen que en el espejo se reflejaba. El cambio era enorme. Luego, habiéndose remangado hasta los codos, miró sus brazos, tornó a bajar sus mangas, sentóse en una otomana y púsose más sombrío que la noche.

"No es necesario, no es necesario" se dijo.

Levantóse bruscamente, tomó asiento ante su mesa y empezó a leer una revista, pero no pudo continuar. Encaminóse hacia el salón. La puerta estaba cerrada. Se acercó de puntillas a la puerta y escuchó.

—¡No, exageras! —decía Prascovia Feodorovna.

—¡Cómo que exagero!, pero ¿es posible que no veas que es hombre muerto...? Fíjate en sus ojos. Ninguna luz. ¿Y qué tiene?

—Nadie lo sabe. Nicolaiev (un médico) ha dicho algo, mas no he podido entenderle. Leschetitsky (otra celebridad), opina lo contrario...

Retirándose de la puerta, Iván Ilich volvió a su aposento, echóse sobre la cama y pensó:



"¡El riñón, el riñón flotante!"

Se acordó de cuanto los médicos habíanle dicho; cómo el riñón se había desprendido y cómo flotaba entonces. Y con esfuerzos de imaginación trataba de retenerle y de fijarle.

"¡Tan poco es menester...! – pensaba –. ¡No, iré a casa de Piotr Ivánovich!"

Era éste el amigo que por amigo tenía un médico. Llamó, dio orden de que engancharan y se aprestó para salir.

–¿A dónde vas, Iván? –le preguntó su mujer, en tono de tristeza y de bondad desacostumbradas

Aquel tono le enfadó. Le dirigió una sombría mirada.

–Tengo algo que hacer en casa de Piotr Ivánovich.

Fue a casa del amigo, con él a la del médico, y habló extensamente con éste. Analizando anatómicamente y fisiológicamente lo que en él, según el médico, ocurría, todo lo comprendió. "Había una cosa muy pequeña en el *coecum*." Aquello podía arreglarse. Era preciso aumentar la energía de un órgano, disminuir la actividad de otro, y se produciría una absorción y todo volvería a entrar en orden.

Iván Ilich no se retrasó mucho a la hora de comer. Mientras comía se halló en buena disposición hablando alegremente, no pudiendo decidirse a volver a su gabinete, para de nuevo



entregarse al trabajo. Por fin se decidió. Examinó distintos asuntos, trabajó; pero el sentimiento de una tarea íntima, de la que se ocuparía cuando acabase, no le abandonaba. Cuando lo hubo ultimado todo, recordó que aquella íntima tarea era "pensar en el *coecum*". Mas, no queriendo ceder a ella, fue al salón a tomar té. Se encontró con que había amigos que hablaban o tocaban el piano: el juez de instrucción, el prometido de su hija, también estaba allí.

El amo de la casa pasó aquella velada más alegremente que las otras, según pudo observar Prascovia Feodorovna. Sin embargo, ni por un solo minuto había olvidado lo que aplazase para después, sus "pensamientos sobre el *coecum*". A las once se despidió de todo el mundo y se retiró.

Desde que cayera enfermo acostábase solo, en una pieza vecina a su gabinete de trabajo. Se desnudó y tomó una novela de Zola; mas no pudo leer. Pensaba. En su imaginación se hacía la tan deseada cura del ciego. Veía realizarse las absorciones, las eliminaciones, y establecerse las funciones regulares.

"Sí, todo irá a pedir de boca —se dijo—. Sólo que es necesario ayudar a la naturaleza."

Recordó la medicina, se levantó, la tomó, se echó boca arriba, escuchándola obrar favorablemente, haciendo desaparecer el dolor.

"No hay más que tomarla regularmente, para evitar las influencias dañosas; ya me siento mejor, mucho mejor."



Se palpó el lado enfermo; no le dolía al tocar.

"Sí, no lo siento... La verdad es que voy mejor."

Apagó la vela, echóse en la cama de lado... Súbitamente sintió aquel dolor antiguo, el dolor sordo, roedor, obstinado, lento y serio que tan perfectamente conocía, y en la boca el gusto atroz. Su corazón sintióse oprimido, sus pensamientos se embrollaron.

"¡Dios mío, Dios mío! —murmuró—. ¡Aún, aún! ¡Y no cesará nunca esto!"

De repente también, todo se le presentaba bajo otro aspecto distinto.

"¡El ciego! ¡El riñón flotante! —se dijo—. Pero no se trata de ciego, ni de riñón; se trata de la vida... y de la muerte. ¡Sí, hay una vida, y he aquí que se va y que no la puedo detener! Sí. ¿Por qué me engaño? ¿Acaso no es evidente para todo el mundo, excepto para mí, que yo me muero? Ya no se trata sino del número de semanas, de días... quizá sea un momento... ¡Aquello era la luz, ahora llegan las tinieblas! ¡Antes estuve aquí, ahora voy allá abajo! ¿Adónde?"

Y se ponía frío, su respiración se cortaba. Sólo sentía los latidos de su corazón.



"¡Moriré! ¿Qué ocurrirá entonces? ¡Nada ocurrirá! ¿Dónde estaré entonces, cuando no exista? ¿Es la muerte, en efecto? ¡No, no quiero!"

Saltó de la cama, quiso encender la vela, y para ello la buscaron sus manos temblorosas. Cayó el candelero. Iván Ilich se echó otra vez en la cama.

"¿Para qué? ¡Es inútil! –Se dijo, con los ojos desmesuradamente abiertos en la profunda oscuridad—. ¡La muerte! ¡Sí, la muerte! Y ellos no lo saben, no quieren saberlo, y no me compadecen. Tocan (oía, procedente de lejos, a través de los aposentos, el ruido de las canciones y del piano). ¡Lo que me ocurre les es indiferente! ¡Pero morirán como yo!... ¡Necios! Primero yo y ellos después... ¡Pasarán por el mismo trance! ¡Y se divierten! ¡Imbéciles!"

La cólera le ahogaba. Experimentaba una angustia sin límites.

"¿Es posible que todos, y eternamente, se hallen condenados a este horrible terror?"

Se levantó de nuevo.

"Hay aquí algo que no es natural; es preciso calmarse, es preciso reflexionar."

Y comenzó a reflexionar.



"Sí... el principio de la enfermedad... Me rocé el costado, y nada noté los días siguientes, si se exceptúa un pequeño dolor... Éste aumentó... enseguida los médicos, el abatimiento, la tristeza, de nuevo los médicos... y cada vez me acercaba más. Y heme débil, sin luz ante mis ojos. La muerte está allí, y yo pienso en el intestino ciego... Pienso en la manera de reparar el intestino... ¡y esto es la muerte!"

Y agregaba:

"¿Es en verdad la muerte?"

El terror le asió de nuevo, se sofocó, buscó cerillos, con el codo tropezó en un mueble. Se hizo daño, se enfadó y lo rechazó encolerizado. Y sofocadísimo, desesperado, se echó boca arriba y esperó la muerte, deseando que llegara al punto.

Los invitados partían en aquel instante; Prascovia Feodorovna les acompañaba hasta la puerta; oyó el ruido que la silla produjera y penetró en el aposento de su esposo.

—¿Qué hay?

—Nada. He caído...

Ella sonrió y volvió con una bujía. Él estaba echado, respiraba penosamente y con rapidez, como aquel que corriendo ha franqueado una versta, y la miraba fijamente.

—¿Qué tienes, Iván?



– ¡Na-a-da...! ¡He-e-caído...!

"¿Para qué hablar? No me comprendería" – pensaba.

En efecto, no comprendió nada; levantó el candelero, encendió la bujía y salió rápidamente. Aún debía acompañar a una invitada. Cuando regresó, continuaba echado boca arriba, mirando a lo alto.

– ¿Acaso te sientes peor?

– Sí.

Ella movió la cabeza y se sentó.

– ¿Sabes, Iván, que pienso que quizá fuera mejor que Leschetitsky viniera a casa?

Eso quería decir invitar al célebre médico, a que no pensara en economías, a que no mirara el dinero. Él sonrió de un modo sarcástico y contestó:

– No.

Prascovia Feodorovna se le acercó, lo abrazó y lo besó en la frente. Iván Ilich la detestaba con todas las fuerzas de su alma en el momento en que lo besaba, y hubo de hacer un esfuerzo para no rechazarla.

– ¡Adiós! ¡Si Dios quiere, dormirás!

– Sí.



6

Iván Ilich se veía morir, y le invadía continua angustia. En el fondo de su alma sabía que debía sucumbir; y no sólo no estaba acostumbrado a aquella idea, sino que no la comprendía, ni la podía de ningún modo comprender.

El ejemplo del silogismo que aprendió en la *Lógica* de Kiseveter: "Cayo es un hombre; todos los hombres son mortales; por consiguiente, Cayo también es mortal", le parecía aplicable únicamente a Cayo, pero de ningún modo a sí mismo.

Allí se trata de Cayo, de un hombre como todos, y aquello es perfectamente justo; pero él no era Cayo, un hombre como todos; él siempre había sido un ser distinto de los demás; él era el pequeño Iván, con papá, con mamá, con Mitia y Volodia, sus hermanos, con los juguetes, el cochero y la institutriz; en seguida con la pequeña Katia, con todas las alegrías, tristezas y transportes de la infancia, de la adolescencia y de la juventud.



¿Acaso existió para Cayo aquel montón de juguetes que a él, al pequeño Iván le agradaban tanto? ¿Alguna vez abrazó Cayo a su amada madre como él? ¿Existía para Cayo el roce de los trajes de seda de su madre? ¿Acaso escandalizaba Cayo en la Escuela de Derecho, como él solía hacerlo para disputarse cualquier regalo? ¿Cayo había estado enamorado? ¿Acaso Cayo podía presidir una sesión como él la presidía?

"Cayo es verdaderamente mortal, y normalísimo es que muera; pero yo, Vania, Iván Ilich, con todos mis sentimientos y pensamientos, yo... ¡Distinto es el asunto! ¡No es posible que yo deba morir! Esto sería excesivamente terrible.

"Si yo debiera morir, como Cayo, habríalo sentido, una voz interior me lo hubiese dicho, pero nada semejante hay en mí. Y yo y todos mis amigos y compañeros comprendimos perfectamente que no debe ocurrirnos lo que a Cayo.

"Pero... —se decía después—. Pero ocurre. No puede ocurrir, pero ocurre. Mas ¿cómo ha ocurrido? ¿Cómo comprenderlo?"

Y no le era posible comprender aquel pensamiento, y trataba de rechazarlo como falso, mentiroso, enfermizo, para remplazarlo por otros regulares, sanos. Pero volvía; no como pensamiento, sino como realidad, perpetuamente hallábase ante él. A la fuerza provocaba otros pensamientos, esperando que le prestarían algún apoyo. Trataba de encontrar las direcciones anteriores de sus ideas, que le impedían pensar en la muerte. Mas, cosa extraña, todo lo que antes velaba, disimulaba o destruía la conciencia de la muerte, entonces no tenía ya ningún



influjo. La mayor parte de aquel tiempo, para Ivan Ilich pasaba en aquellos intentos de restablecer la marcha de los sentimientos que alejaban la idea de la muerte.

Y se decía:

"Me ocuparé en el servicio. En los pasados tiempos sólo viví gracias a él."

E iba al tribunal, alejando de sí todas las dudas; entablaba conversación con los amigos, tomaba asiento, con arreglo a su antigua costumbre, dirigiendo una mirada distraída, preocupada, a la multitud, se apoyaba en los brazos de un sillón de encino y, volviendo la cabeza hacia su colega, cuchicheaba, levantando luego la vista y sentándose naturalmente, para pronunciar ciertas palabras, y el asunto comenzaba.

Mas, bruscamente, el dolor reaparecía, de nuevo empezaba su faena roedora. Iván Ilich escuchaba, trataba de alejar de él el pensamiento, pero el dolor continuaba su obra. Y la muerte se erguía ante él, le miraba. Y él permanecía estupefacto, sus ojos tornábanse oscuros, y se preguntaba:

"¿Es cierto que sólo ella es cosa real?"

Sus amigos y subordinados notaban, con pena y admiración, que él, un juez tan fino, tan brillante, se embrollaba, cometía errores.



Iván Ilich se sobreponía, trataba de volver en sí; pero con trabajo podía ultimar el asunto: regresaba a su casa con la certeza de que ni en sus asuntos judiciales lograba disimularse lo que de tal modo deseaba estuviera oculto, que ni allí le era posible desembarazarse de ELLA. Y lo que en el caso había de más penoso era que ELLA le atraía hacia sí, no para que hiciese algo, sino únicamente para que LA mirase frente a frente, a los ojos.

Y no podía hacer nada en contra, y padecía indeciblemente. Y, para escapar de aquella situación, Iván Ilich buscaba el consuelo tras de otros velos, que le protegían durante cierto tiempo, pero que pronto caían: ELLA se mostraba a través de todo; nada podía ocultarla.

A veces entraba en el salón dispuesto por él, en aquel mismo salón en que cayera, en cuyo arreglo había sacrificado la existencia. ¡Cuán chocante y sarcástico le parecía pensar en ello! Entraba, advertía que la mesa barnizada estaba llena de ranuras. Buscaba la causa de ellas y veía que provenían del adorno en bronce del álbum que se había desprendido en uno de los ángulos. Tomaba aquel álbum costoso, por él mismo compuesto con amor; veía que estaba en desorden, desgarrado, con las fotografías arrancadas; y la negligencia de su hija y de sus amigas le causaba mal humor.

Poníalo todo en orden, arreglaba el ángulo del libro. En seguida se le ocurría la idea de pasarlo todo con los álbumes, a otro rincón. Llamaba al lacayo; su mujer y su hija se presentaban, y ni una ni otra consentían en lo que deseaba él, le contradecían.



Él discutía, se enfadaba, pero sentíase bien, porque entonces no pensaba en ELLA, no la veía. Luego, he aquí que su esposa le dice, en el momento en que cambia de sitio los muebles:

– Espera, los criados lo harán; otra vez vas a causarte daño.

E inmediatamente se aparecía ELLA. Se aparecía, mas él confiaba en que se ocultara, y a su pesar escuchaba, escuchaba aquella cosa que constantemente le roe de igual modo, que no puede olvidar, y ELLA le miraba claramente y a través de las flores.

"¿A qué todas esas cosas? En efecto, allí, detrás de aquella cortina, perdí mi vida en una como batalla. ¿Es posible esto? ¡Cuán espantoso y necio a la vez! ¡Esto no puede ser! ¡Esto no puede ser... pero es!"

Se retiraba a su gabinete de trabajo y permanecía nuevamente con ELLA. A solas con ELLA, nada en contra de ELLA podía hacer... Nada, sino mirarla y horrorizarse.



7

Ocurrió, en el transcurso del tercer mes de la enfermedad de Iván Ilich –no podría decirse cómo, porque ello se formaba, invisiblemente, paso a paso– ocurrió que su mujer, y su hija, y los criados, y los médicos, y sobre todo él mismo, supieron que el interés que él inspiraba a los demás se reducía a saber si pronto dejaría vacante su plaza, si desembarazaría pronto a los vivos del fastidio que causaba su presencia, y si él se vería pronto libre de sus sufrimientos.

Dormía cada vez menos, se le daba opio, se le aplicaban inyecciones de morfina; pero nada le tranquilizaba. La angustia debilitadora que experimentaba en sus semiletargos le tranquilizaba al pronto como algo nuevo, pero en seguida se tornaba tanto, y quizá más penosa todavía que el dolor franco. Se le preparaban platos especiales, con arreglo a las prescripciones de los médicos; pero todos aquellos manjares cada vez tenían menos gusto para él, y cada vez también le parecían más repugnantes. Para la defecación tenía preparativos especiales, y era aquello un martirio, martirio causado por la inconveniencia y el mal olor, y por la conciencia de que otro hombre asistía a aquel acto. Sin embargo, en



aquella práctica desagradable, Iván Ilich halló un consuelo: provenía este consuelo de hallarse servido por cierto mujik llamado Guerassim.

Guerassim era un mozo joven, fresco, rollizo, siempre alegre y de rostro claro; al principio, la presencia de aquel hombre aseado y sano intimidaba a Iván Ilich. En cierta ocasión, al levantarse del orinal, sin fuerza para vestirse, cayó sobre una butaca, mirando con terror sus pantorrillas descarnadas. En el mismo instante entró Guerassim, calzado con gruesas botas, despidiendo un agradable olor a brea y a aire fresco, con paso fuerte y seguro. Llevaba limpia camisa de percal, que había levantado sobre sus brazos potentes y jóvenes, y conteniendo la alegría de vivir para que no apareciera en su claro rostro, por no ofender a Iván Ilich, aproximóse al orinal.

– ¡Guerassim! – dijo con voz rendida el enfermo.

Guerassim se estremeció, temiendo haber cometido una torpeza, y con movimiento rápido volvió hacia Iván Ilich su rostro fresco, bueno, sencillo, joven, apenas cubierto de vello.

– ¿Qué desea el señor?

– Creo que eso ha de ser desagradable. Perdóname, no puedo...

– ¡Qué dice el señor!

Guerassim mostró sus dientes blancos y jóvenes.



–¿Por qué no soportarlo...? ¡Está el señor tan enfermo...!

Y con sus manos diestras y fuertes cogió el orinal y salió al punto. Cinco minutos después volvía a entrar de igual modo, con semejante paso.

Iván Ilich seguía en la misma posición sobre la butaca.

–Guerassim –dijo al mujik, cuando éste dejó en su sitio el orinal perfectamente lavado—. Ven aquí: ayúdame, haz el favor.

Guerassim se acercó.

–¡Préstame tu apoyo! Me es difícil alzarme solo, y he despedido a Dmitri.

Guerassim lo alzó y lo sostuvo con una de sus manos vigorosas, y con la otra ayudó al enfermo a ponerse el pantalón. Quiso volverlo a sentar, pero su amo le rogó lo acompañase hasta el diván.

–¡Gracias! ¡Cuán divinamente y con qué destreza lo haces todo!

Guerassim sonrió suavemente y trató de salir. Pero Iván Ilich estaba tan bien en su compañía que no quería que se marchara.

–Oye... Acércame esa silla... No, ésa... bajo los pies... Parece que estoy más tranquilo teniendo los pies en alto...



Guerassim llevó la silla, la colocó sin hacer ruido, como él lo deseaba, y levantó los pies de Iván Ilich. Le pareció a éste que estaba mucho mejor cuando su criado le alzaba los pies.

– Me siento mejor de este modo... Pon encima esa almohada...

Guerassim lo hizo, levantando nuevamente los pies de su amo.

Iván Ilich tornó a sentirse mejor mientras el mujik sostenía sus pies. Cuando volvió a dejarlos sobre la almohada, de nuevo sintió el dolor.

– Guerassim – dijo –. ¿Estás ocupado ahora?

– ¡No, señor...! ¿Qué he de tener que hacer? Si se exceptúa el partir leña para mañana, todo lo hice ya.

– Entonces, ¿quieres levantarme los pies otro poco más? ¿Puedes?

– ¿Por qué no? Es tan sencillo.

Guerassim volvió a levantar los pies de su amo, y éste tornó a notar que su dolor se detenía.

– Más, ¿cómo partirás la leña? – dijo Iván Ilich.

– No se inquiete usted por eso... Habrá tiempo...



El enfermo dijo al criado que se sentara y tuviese sus pies. Habló con él. Y, cosa extraña, en realidad le pareció estar mejor mientras el mujik sirvió de punto de apoyo a sus pies.

A partir de aquel día, muy a menudo llamaba Iván Ilich a Guerassim, que mantenía los pies del amo sobre sus hombros; y el mujik lo hacía con destreza, buena voluntad y sencillez, lo cual, unido a lo otro, gustaba mucho a su amo. La salud, la fuerza y el valor ajenos humillaban a Iván Ilich; excluía de todos la fuerza y salud de Guerassim, que, lejos de contrariarle, servíanle de alivio.

El mayor sufrimiento de Iván Ilich era la mentira, aquella mentira adoptada por todos los demás, de que él no estaba enfermo, que no se moría, que le bastaba estar tranquilo y cuidarse para en seguida ponerse bien. Pero él estaba seguro de que, se hiciera lo que se hiciese, el resultado siempre serían horribles sufrimientos y la muerte.

Y aquella mentira lo torturaba. Sufría porque no se quería reconocer lo que todos y él sabían, porque absolutamente queríase mentir respecto a su estado terrible. Y a él mismo se le obligaba a tomar parte en la mentira. ¡La mentira, la mentira en él, la víspera de su muerte, reduciendo aquella cosa terrible, solemne, al nivel de sus visitas, de sus vestidos y del pescado que se le preparaba para comer...! ¡Horrible era aquello! ¡Cosa extraña! A menudo, mientras que se formaba tal mentira, estaba a punto de gritarles:



"¡Cesad de mentir...! ¡Sabéis, como lo sé yo, que eso no es cierto!"

Pero nunca tenía valor para hacerlo. Veía que aquel terrible desenlace estaba rebajado como una cosa desagradable, en parte hasta inconveniente, que se le trataba cual pudiera tratarse a un hombre que entrara en cualquier salón despidiendo un olor repugnante. Por consiguiente, la misma inconveniencia que en vida le acompañara, acompañábale en la hora de su muerte. Veía que nadie lo compadecía, que nadie quería comprender su situación. Guerassim era el único que lo comprendía y tenía lástima de él. Y, a causa de esto, Iván Ilich sólo estaba bien en compañía de Guerassim. Sentíase a su gusto cuando Guerassim, teniendo sus pies, pasaba las noches en vela, sin querer ir a acostarse, diciendo:

—No tenga usted cuidado, Iván Ilich. Tiempo hay de dormir.

O bien poníase a tutearlo y agregaba:

—¡Cuán enfermo estás! ¿Cómo no servirte?

Guerassim era el único que no mentía. Se veía en todos sus actos que, sabiendo de qué se trataba, consideraba que era inútil mentir, y compadecía sencillamente a su aniquilado señor.

En cierta ocasión, hasta le dijo groseramente:



—Todos debemos morir. ¿Por qué no he de trabajar? —agregó queriendo expresar de aquel modo que lo que hacía no le pesaba, que lo soportaba por un hombre agonizante, confiado en que alguien andando el tiempo, le prestaría el mismo servicio.

Entre las consecuencias de aquella mentira, la más terrible para Iván Ilich era que nadie le compadeciese, cual hubiera querido serlo: momentos tenía, después de largos dolores, en los que le habría gustado, aun cuando el confesarlo le avergonzara, que se le compadeciese como a un niño enfermo. Hubiera querido que se le acariciase, que se le animase, que se le abrazara como a un niño de pecho. Pero sabía que era un importante personaje, que tenía barba, que encanecía, y que, por consiguiente, aquello era imposible. Sin embargo lo deseaba. Y en sus relaciones con Guerassim había algo semejante, y ésta era la causa por que su trato con el mujik lo consolaba.

Sí, Iván Ilich tenía ganas de llorar, hubiera querido que se le acariciase y que se llorara con él... y he aquí que llega Shebek, su colega, y, en vez de llorar, Iván Ilich pone un rostro serio, sereno, profundamente pensativo, y emite su opinión sobre el significado de una decisión del Tribunal de Casación e insiste en ella con testarudez.

Aquella mentira, en torno de él y en él mismo, envenenaba aún más los últimos días de Iván Ilich.



8

Era por la mañana, cosa que se conocía únicamente porque Guerassim habíase marchado del aposento del enfermo. En su lugar estaba allí el lacayo Piotr, quien había apagado las bujías, separado las cortinas y empezado a arreglarlo todo. Fuese mañana o tarde, viernes o domingo, siempre la misma cosa: siempre el mismo execrable dolor roedor, la conciencia de una vida que se va, pero que aún no ha partido enteramente; la aproximación de aquella muerte horrible, odiosa, única realidad en medio de la mentira incesante. ¿Qué importan entonces las semanas, los días, ni las horas en que se está?

—¿Desea el té el señor?

"Necesita la orden antes de servir a los amos el té de la mañana"

—pensó. Y, en voz alta:

—No —respondió sencillamente.

—Quizá desea usted que se le traslade al diván...



"Necesita arreglar la alcoba, y yo le estorbo; soy el desorden, la suciedad" – pensó Iván Ilich. Y dijo solamente:

– No, déjame.

Piotr siguió arreglando. Iván Ilich alargó la mano. Su criado se le acercó lo más servicial.

– ¿Desea algo el señor?

– Mi reloj.

Piotr le dio el reloj, colocado a fácil alcance de su mano.

– Las ocho y media. ¿Todavía no están despiertos por allá?

– Vladimir Ivánovich (el hijo de Iván Ilich) partió hacia el colegio, Prascovia Feodorovna dio orden de que se le despertara si usted lo deseaba. ¿Lo ordena usted?

– No, no hace falta... Quizá tomaré té – pensó luego—. Sí... Tráeme... té.

Piotr se dirigió hacia la salida. Iván Ilich temió quedarse solo.

"¿Qué hacer para retenerlo? ¡Ah, sí!, ¡la medicina...!"

– ¡Piotr, dame la medicina...!

"¿Por qué no? Probablemente me hará provecho."



Tomó una cucharada.

"No, para nada me servirá. Todo esto son absurdos, mentiras"
—decidió en cuanto probó aquella sustancia insípida.

"¡No, no puedo creerlo ya! Pero este dolor, este dolor... ¿por qué este dolor? ¡Si al menos me dejara en paz un solo minuto...!"

Y exhaló un gemido. Piotr se volvió.

—Nada, tráeme el té... anda.

El lacayo salió. Iván Ilich seguía gimiendo, no tanto a causa del dolor, aun cuando fuera terrible, como de la ansiedad.

"¡Siempre, siempre igual... siempre estos días y estas noches interminables! ¡Que venga lo antes posible! ¿Cómo, más pronto? ¿La muerte, las tinieblas? ¡No, no! ¡Todo es preferible a la muerte!

Cuando Piotr volvió con el té, sobre una bandeja, Iván Ilich fijó en él una mirada de extravío. La mirada aquella turbó a Piotr; y, cuando Piotr estuvo turbado, el enfermo se reanimó.

—Sí —dijo—. El té... bueno: déjalo ahí. Pero ayúdame a lavarme y a ponerme una camisa limpia.

Descansando muchas veces se lavó las manos, la cara, se limpió los dientes. Para peinarse hubo de tomar el espejo. Al ver en él su imagen tuvo miedo, y lo que sobre todo le aterró fueron sus



cabellos, pegados, suavísimos sobre su frente pálida. Cuando se cambiaba la camisa comprendió que aún se sentiría más horrorizado si viera su cuerpo, y para evitarlo, no se miró. Púsose un traje de alcoba, se arrebujó en una manta y sentóse en el sillón para tomar el té.

Durante un minuto sintióse menos acalorado que de costumbre. Pero en cuanto empezó a tomar el té volvieron el gusto y el dolor. Hizo grandes esfuerzos para acabar, y se acostó, estirando las piernas. Despidió luego a Piotr.

¡Ah!, ¡siempre lo mismo! Tan pronto un fulgor de esperanza como un mar de desesperación, y siempre el dolor, siempre la ansiedad, y siempre lo mismo. Solo, se fastidia horriblemente, tiene deseos de llamar a alguien, pero de antemano sabe que acompañado estará peor.

"Morfina, a fin de olvidar. Diré al doctor que busque algo... porque de este modo es imposible, imposible."

Así pasa una hora, dos. Luego suena la campanilla. ¿Será el doctor? Sí, es el doctor, fresco, despabilado, grueso, alegre, con expresión que dice:

"Parece que usted está asustado. ¿Y por qué? Todo lo arreglaremos inmediatamente."

Sabe el doctor que tal expresión no es propia del lugar en que se halla, pero se ha acostumbrado a ello y no puede suprimirla. Le



ocurre como al hombre que desde por la mañana se pone el traje de ceremonia con que hará una visita por la noche.

Se frota las manos con satisfacción, dice en tono de consuelo:

–Tengo frío. Híela de firme. Permítame que me caliente.

Como si sólo se tratase de esperar a que se caliente, y como si, una vez él caliente, el arreglo de todo lo demás fuera cosa ya sabida.

– Bueno. ¿Cómo nos hallamos? – pregunta.

Iván Ilich siente que el médico tiene ganas de decir:

"¿Cómo van los males?"

Pero que sabe que no es posible hablar de tal modo.

Y el enfermo mira al doctor con expresión en que se lee la pregunta:

"¿Luego no te avergüenza mentir?"

Pero el médico no quiere comprender la pregunta aquella.

Y responde Iván Ilich:

–Siempre tan horriblemente. El dolor no se calma, no quiere concluir. ¡Sí al menos me dierais algo...!



–¡Por fin! ¡Todos los enfermos son iguales...! Creo que ahora tengo bastante calor. Ni aun la exigente Prascovia Feodorovna podría decir nada contra mi temperatura. ¡Vaya, buen día!

El doctor estrecha la mano de Iván Ilich; luego, tornándose serio, examina al enfermo, su pulso, su temperatura.

Y vuelve a empezar las auscultaciones y percusiones.

Convencido se halla Iván Ilich de que todo aquello son absurdos; vanas mentiras; pero cuando el médico se pone de rodillas y hace ante él con la más grave de las actitudes, los ejercicios de gimnasia médica, Iván Ilich se rinde, como se rendía en otro tiempo a los discursos de los abogados, sabiendo perfectamente que todos mentían, y también las razones porque mentían.

El médico, de rodillas sobre el diván, escucha algo, cuando de pronto se oye el roce del traje de Prascovia Feodorovna, y el reproche que dirige a Piotr por no haberle advertido la llegada del doctor.

Entra, abraza a su marido, e inmediatamente empieza a probar que está levantada hace mucho tiempo, y que únicamente a causa de la torpeza del criado no se presentó allí en el instante de llegar la celebridad.

Iván Ilich la mira, reprochándole mentalmente la blancura y limpieza de sus manos torneadas, de su cuello, el brillo de sus cabellos y el resplandor de sus ojos, llenos de vida. La detesta



con todas las fuerzas de su alma. Su contacto lo hace sufrir, despierta un acceso de odio contra ella.

El modo de portarse con Iván Ilich en su enfermedad sigue siendo el mismo. Así como el doctor tiene un modo de obrar con los enfermos, modo del que no puede deshacerse, ella tiene el suyo respecto a Iván Ilich: no hace tal cosa que es preciso hacer, él es culpable de todo, y se lo reprocha amorosamente.

Pero él no obedece, no toma las medicinas, se echa en una postura que le es perjudicial seguramente: con los pies en alto. Y refiere al médico la manera como se hace tener los pies por Guerassim. El doctor sonríe con sonrisa de indulgente desdén, una sonrisa que dice:

"Los enfermos siempre inventan necesidades por el estilo; mas deben serles perdonadas."

Cuando el examen ha concluido, el médico ve la hora en su reloj, y Prascovia Feodorovna anuncia a Iván Ilich que, no obstante lo que él diga en contra, ha invitado a un célebre médico, para que juntos él y Mijail Danilovich (médico de cabecera) vean y juzguen el caso con detenimiento.

—No te opongas a ello, te lo ruego. Hago esto por mí —dijo ella con ironía, dejándole sentir que todo lo hace por él, y que diciendo lo contrario le priva del derecho a rehusar nada.

Él nada dice y frunce las cejas. Siente que en la mentira que lo rodea embróllase todo de tal forma, que difícil se hace precisar



esto o lo otro. Porque todo cuanto ejecutaba era ejecutado para ella, y, cuando lo decía, todo parecía cosa inverosímil, que él debía comprender en sentido opuesto.

Efectivamente, a las once y media llegó el célebre médico. Y de nuevo tornaron a empezar las auscultaciones y las graves conversaciones, las preguntas y las respuestas formuladas con el aire de la mayor importancia. Y, en lugar de conversar respecto a la cuestión de vida o muerte, otra vez vuelve a hablarse del riñón y del intestino ciego que hacen algo irregular. De un momento a otro, Mijail Danilovich y la celebridad se arrojarán sobre el riñón y el ciego y les obligarán a corregirse.

La celebridad se despide con aire serio, mas no desesperado.

A la pregunta tímida de Iván Ilich, cuyos ojos brillan de miedo y de esperanza, respecto a si hay o no sospechas de curación, contesta que no se puede responder, pero que hay posibilidad.

La mirada llena de esperanza con que Iván Ilich acompaña al médico, es tan conmovedora, que Prascovia Feodorovna llora cuando sale del gabinete para entregar al doctor sus honorarios.

La parte moral, animada por las esperanzas de la celebridad, pronto se turba otra vez. Es aquel mismo aposento, los mismos cuadros, los mismos tapices, colores, frescos, y siempre aquel mismo cuerpo dolorido, aniquilado por el sufrimiento.



El enfermo gime, se le aplica una inyección de morfina, pierde el sentido... Cuando vuelve en sí empieza a anochecer. Se le sirve la comida. Se esfuerza para tomar algo. Y otra vez lo mismo, de nuevo se acerca la noche.

Después de la comida, a las siete, entra en su aposento Prascovia Feodorovna, con sus gruesos senos levantados y huellas de polvo de arroz en el rostro, vestida para ir a una velada. Por la mañana ha hablado de ir al teatro. Sarah Bernhardt está allí de paso: a ruego de Iván Ilich han tomado un palco. Pero en aquel momento él no lo recuerda, y oféndele el tocado de su mujer; mas oculta aquel sentimiento cuando recuerda que, efectivamente, insistió para que se tomara un palco, porque se trata de una distracción estética e instructiva para los niños.

Prascovia Feodorovna está satisfecha de sí misma, no obstante sentirse algo culpable. Se sienta, pregunta por su salud (bien ve él que lo hace por preguntar algo, de ningún modo por saber, pues nada nuevo puede él decirle) y empieza a explicarle que por nada del mundo hubiera ido, pero que el palco está tomado, y que Elisa, su hija, y Petristchev (el juez de instrucción, prometido de la joven) van, y es imposible dejarles marchar solos. Preferible hubiérale sido quedar a su lado. Mas ¡con tal de que obre, en su ausencia, cual le ordenan las prescripciones del médico...!

—¡Ah, se me olvidaba! Fedor Dmitrich (el prometido) quisiera entrar con Lisa. ¿Puede?



—Que entren.

Penetra la hija en traje de ceremonia, mostrando su joven carne por el descote. Fuerte, saludable, visiblemente enamorada, reniega de la enfermedad, de los sufrimientos, de la muerte, que son obstáculos a su dicha. Entra con ella Fedor Dmitrich, rizado a la Capul, con cuello blanco doblemente planchado y almidonado sobre su pescuezo flaco y musculoso, las pantorrillas bien dibujadas por un estrecho pantalón negro, la mano izquierda enguantada y con el sombrero en la derecha.

Tras de él se desliza insensiblemente el pequeño colegial, vestido con nuevo uniforme, enguantado, el pobre, y con terribles ojeras, cuyo significado sabe Iván Ilich. El hijo siempre le inspiró lástima; y su mirada espantada, llena de compasión, causábale miedo. Parecíale a Iván Ilich que, excepto Guerassim, solamente Volodia lo comprendía y compadecía.

Todos toman asiento e interrogan al enfermo respecto a su salud. Reina el silencio. Lisa pregunta a su madre dónde están los gemelos. Prodúcese una discusión entre madre e hija para saber quién los ha extraviado.

Fedor Dmitrich pregunta a Iván Ilich si ha visto a Sarah Bernhardt. El enfermo no comprende de pronto lo que se le requiere, pero en seguida dice:

—No... ¿Y vos?, ¿la visteis ya?

—Sí, en *Adriana Lecouvreur*.



Prascovia Feodorovna dice que es la obra en que está mejor. Replica la hija, y la conversación recae sobre la verdad y la belleza del arte de Sarah Bernhardt.

A la mitad de la conversación, Fedor Dmitrich dirige una ojeada al enfermo y guarda silencio. Los demás callan también. Iván Ilich los mira con ojos brillantes, visiblemente descontento de todos ellos. Sería preciso acabar aquella escena, pero la cosa es imposible. Nadie se atreve y todos temen que, de un modo cualquiera, se rompa la mentira convencional, y que la verdad se torne demasiado visible.

Lisa fue la primera en intentarlo. Interrumpió el silencio:

—Bueno —dijo mirando su reloj, regalo del enfermo—. Si hemos de ir, ya es hora.

Dirigió una sonrisa apenas perceptible al joven, como si se tratara de algo cuyo secreto ambos conocieran; luego se levantó haciendo ruido con su traje. La imitaron los demás, se despidió y partió todo el mundo. Cuando estuvieron fuera de la habitación, Iván Ilich sintióse tranquilo: la mentira ya no existe, partió con ellos; mas el dolor queda. Siempre aquel mismo dolor y aquel mismo espanto que nada, nada aminora.

Vuelven a pasar los minutos, las horas, y el FIN inevitable se torna más terrible cada vez.

—¡Que venga Guerassim! —responde a una pregunta de Piotr.



9

Su mujer volvió a entrar en el aposento del enfermo a muy avanzada hora de la noche. Entró de puntillas, pero él la oyó claramente; abrió los ojos y los volvió a cerrar en seguida. Prascovia Feodorovna quiso despedir a Guerassim y pasar la noche junto a su esposo. Él abrió los ojos y dijo:

—No. ¡Vete...!

—¿Sufres mucho?

—¡Lo mismo!

—¡Toma opio!

Iván Ilich consintió. Marchóse su mujer.

Hasta las tres, poco más o menos, permaneció completamente extraño a todo. Le parecía que se le introducía en un saco negro, estrecho y hondo, que se le quería meter más adentro, cosa que no se lograba. Y ello ocurría entre horribles sufrimientos. Tenía



miedo, trataba de escapar; a la vez se defendía y ayudaba a ser introducido. Y de repente cesaba de resistir, caía... Volvió en sí.

Lo mismo siempre. Guerassim dormía tranquilamente al lado de la cama, siendo el sostén de los pies de su amo, la misma bujía, el mismo interminable dolor.

— ¡Vete, Guerassim! — murmuró.

— ¿Por qué? ¡No! ¡Me quedaré!

Apartó los pies de los hombros de Guerassim; echóse de lado, apoyando en la mano la cabeza, y se apiadó de su suerte.

Esperó a que el criado estuviera en el vecino aposento; luego, no pudiendo ya contenerse, lloró como un niño. Lloró a causa de su impotencia, de su horrible soledad, de la crueldad de las gentes, de la crueldad de Dios, de la ausencia de Dios.

"¿Por qué hiciste tú todo esto? ¿Por qué me condujiste al extremo en que me hallo? ¿Por qué me haces sufrir tan horriblemente...?"

No esperaba respuesta, y sollozaba porque no la había, porque no podía haber contestación.

Tornó el dolor, mas no se movía, ya no llamaba. Se dijo:

"¡Todavía! ¡Todavía! Pero ¿por qué? ¿Qué te hice? ¿Por qué...?"



Luego calló; cesó no sólo de llorar, sino hasta de respirar, y se volvió todo oídos, cual si escuchara la voz del alma, la dirección de los pensamientos que en él se producían.

—¿Qué necesitas?

Ésta era la primera concepción, expresable en palabras, que oía. "¿Qué necesitas?" — se repitió.

—¿Qué? ¡No sufrir! ¡Vivir!

Y otra vez escuchó, pero con tal atención que ni el dolor lo distraía.

—¿Vivir? ¿Cómo vivir? — preguntó la voz del alma.

—Sí, vivir como viví antes, bien y agradablemente.

—¿Cómo viviste antes? ¿Qué es eso de bien y agradablemente? — preguntó la voz.

Y él comenzó a analizar interiormente los mejores momentos de su vida agradable. Pero lo que de más había era que aquellos mejores momentos de su agradable vida no le parecían ser lo que habían sido. Todos, excepto los primeros días de la infancia: algo verdaderamente agradable había en éstos, algo con que se hubiera podido vivir, si aquello hubiese podido renacer. Pero el hombre que viviera la vida conveniente no existía: era aquél como un recuerdo de otro referente.



Sí, en cuanto aparecían los recuerdos de aquellos días que viviera el Iván Ilich entonces enfermo, todas las felicidades se fundían y se transformaban en algo insignificante y hasta feo. Cuanto más se alejaba de la infancia y más se acercaba al presente, más insignificantes, más dudosas eran las alegrías.

Aquello empezaba a partir de la Escuela de Derecho. Todavía había allí algo bueno en realidad; aún había alegría, amistad, esperanzas. Pero en las clases más elevadas, aquellos buenos minutos se iban tornando raros. Luego, durante el primer empleo, en casa del gobernador, de nuevo aparecían buenos instantes; los recuerdos de los primeros amores. Después, todo se confundía; las cosas buenas iban siempre en disminución. Más adelante, el decrecimiento se pronunciaba doblemente, las felicidades se desvanecían con rapidez.

¡El matrimonio... tan imprevisto, y las desilusiones, y el mal genio de la esposa, y el sentimentalismo y la afectación...! ¡Y aquella labor muerta, y aquellas preocupaciones pecuniarias (un año, dos años, diez años, veinte años)! Y siempre lo mismo.

Pensaba Iván Ilich:

"Es como si hubiera descendido regularmente, imaginándome que subía. Mientras a los ojos del mundo me elevaba, mi vida huía... ¡Y he aquí que todo está consumado... que muero...!"

¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué? Imposible que la vida se halle tan desprovista de sentido, que sea tan horrible. Si tan absurda es y tan horrorosa, ¿por qué morir y morir entre sufrimientos?



Hay aquí algo que no está claro. Luego se le ocurría una idea más triste aún:

"Quizá no haya vivido cual debía. Mas... ¿obré siempre como era preciso obrar?"

Inmediatamente apartaba esta solución del complicado problema de vida o muerte, como algo por completo inadmisibile.

—¿Qué quieres, pues, *ahora*? ¿Vivir? ¿Vivir cómo? ¿Vivir cual vivías en el tribunal, cuando el ujier anuncia: "¡La presidencia llega...! ¡La presidencia llega! ¡La presidencia llega!"?

—¡Pero yo no soy culpable! —exclamó encolerizado—. ¿Por qué? ¿Por qué...?

Cesaba de llorar, volvíase hacia la pared, y siempre pensaba en lo mismo:

"¿Por qué, por qué todo este horror?"

Y no encontraba respuesta. Y cuando le ocurría pensar (y ocurríale a menudo) que todo sucedía porque no había vivido como debiera, al punto recordaba toda la regularidad de su existencia, y otra vez rechazaba aquel extraño pensamiento.



10

Pasaron dos semanas más. El enfermo no abandonaba el sofá. No le gustaba la cama. Prefería el diván.

Con la cara vuelta hacia la pared, siempre le aniquilaban los mismos sufrimientos inexplicables, siempre le asediaba aquel pensamiento incomprensible:

– ¿De veras esto es la muerte? Y respondía la voz interior:

– Sí, de veras es la muerte.

– ¿Por qué, pues, estos suplicios? – preguntaba.

Y la voz:

– Porque así es, ¡por nada!

Ningún otro acontecimiento para el enfermo. Desde el principio de la enfermedad, desde el instante en que fue a consultar al médico por vez primera, su vida se repartía entre dos disposiciones de espíritu contrarias, y que llegaban la una tras



de la otra; tan pronto era el desaliento y la terrible espera de la muerte, como la confianza y la observación atenta a la actividad de su cuerpo, como ante sí tenía el riñón o el intestino que *momentáneamente* había cesado de funcionar, como se le ofrecía la muerte aterradora, incomprensible, jamás vencida.

Ambas disposiciones de espíritu se sucedían una a la otra, pero conforme avanzaba la enfermedad, la idea del riñón iba tornándose más fantástica, vaga y dolorosa, y más real la conciencia de la aproximación de la muerte. Le bastaba comparar lo que era tres meses antes con lo que entonces era, recordar cómo languidecía progresivamente, para que toda posibilidad de esperanza quedase destruida.

En los últimos tiempos de aquella soledad en que languidecía, echado y con el rostro contra el respaldo del diván, de aquella soledad en una gran población, en medio de sus numerosos conocidos y de su propia familia, soledad que no podía ser más completa ni en las profundidades del mar, ni bajo tierra, Iván Ilich no vivió sino de los recuerdos del pasado. Las imágenes de aquella vida que huyera se sucedían unas a otras. Aquello siempre empezaba por cosas recientes, a las que sucedían los acontecimientos más lejanos de la infancia, donde se detenía.

Acordándose de las ciruelas pasas que aquel día le sirvieran, sus recuerdos se fijaban en las ciruelas frescas que le daban cuando niño, en su sabor particular, en la abundancia de jugo, y junto a ese recuerdo nacía una serie de recuerdos de aquella época: la criada, el hermano, los juguetes.



"Es necesario no volver a recordar aquello... resulta demasiado penoso" – se decía Iván Ilich.

Y transportaba sus pensamientos a la época presente, al botón del respaldo del diván, a las arrugas del cordobán...

"El cordobán es caro, se estropea pronto –pensaba–. Ha habido una polémica respecto a esto... Pero hubo otro cordobán y otra disputa cuando desgarramos la cartera de papá; se nos castigó y mamá nos compró pasteles."

Y el pensamiento volvía a detenerse en la infancia, y otra vez sufría Iván Ilich, y hacía esfuerzos para alejarse, para pensar en otra cosa.

Un solo punto luminoso había más allá, en el principio de la vida; después, todo se hacía negro, negrísimo... La vida, serie de sufrimientos que aumentan progresivamente, camina con rapidez hacia el final de aquel horrible sufrimiento.

"¡Corro...!"

Se estremecía, se agitaba, quería oponerse a ello, mas de antemano sabía su impotencia. Y contemplaba lo que ante sí tenía, miraba el respaldo del diván, esperaba aquella terrible caída, el choque, la destrucción.



"¡Imposible oponerse a ello! – se decía –. Pero comprender por qué, al menos... También esto es imposible. Podría explicarse si se pudiera decir que yo no viví como debía. Mas esto es por completo inadmisibile"

– repetía, recordando la regularidad y medida de su vida.

"¡Esto es completamente inadmisibile!" – volvíase a repetir, sonriendo extrañamente y cual si alguien pudiera ver su sonrisa y ser por él engañado.

"¡No hay explicación!... El suplicio, la muerte... ¿Por qué?"



11

Otras dos semanas pasaron de ese modo.

En aquel tiempo ocurrió el acontecimiento tan esperado por Iván Ilich y por su esposa: Petristchev pidió la mano de Lisa. Esto acaeció de noche. Al siguiente día, Prascovia Feodorovna entró en el aposento de su marido, reflexionando respecto a la manera como le comunicaría la petición de Fedor Dmitrich.

Pero aquella misma noche se había agravado Iván Ilich. Su mujer lo encontró echado, como siempre, en el diván, en una nueva postura. Estaba tumbado de espaldas, gemía y miraba ante sí con fijeza.

Prascovia Feodorovna empezó a hablarle de medicamentos. Él la miró. La mujer no pudo acabar su frase. ¡Tal odio hacia ella expresaba la mirada del enfermo!

—¡Por amor de Dios, déjame morir tranquilamente! —le dijo.

Ella quiso salir; pero en aquel momento entró la joven, quien se encaminó hacia donde su padre estaba echado para darle los



buenos días. Le dirigió la misma mirada que a su mujer, y a las preguntas respecto a su salud contestó, con el tono más seco, que pronto estarían libres de su presencia. Ellas guardaron silencio, permanecieron allí un instante más; luego salieron.

—Pero ¿de qué tenemos culpa? —Preguntó Lisa a su madre —. ¡Como si nosotros fuéramos causa de ello! Compadezco a papá, pero ¿por qué nos martiriza?

A la hora acostumbrada llegó el médico. Iván Ilich le respondió a todo "sí" o "no", sin apartar de él su irritada mirada, y acabó por decirle:

—Perfectamente sabe usted que no puede hacer nada. ¡Déjeme en paz!

—Siempre podemos aminorar los sufrimientos.

El doctor pasó al salón, donde previno a Prascovia Feodorovna que aquello iba muy mal y que sólo había un recurso, el opio, para atenuar el dolor, que debía ser horrible. Aseguraba que los sufrimientos físicos debían ser tremendos. Y era verdad, pero más terribles eran los sufrimientos morales: allí estaba el gran martirio.

¡Y provenían los sufrimientos morales de que aquella noche, al examinar el sano rostro dormido de Guerassim, habíase preguntado si, en efecto, toda su vida pasada, toda la vida vivida con conocimiento de causa, había sido *aquello!*



Y las ideas que antes le parecieran inadmisibles fijáronse en su cerebro: aquello podía ser cierto, podía no haber vivido como debía.

Ocurriósele la idea de que sus intentos, apenas perceptibles, de lucha contra lo que los demás hombres de alta posición consideraban lícito, que aquellos intentos de que en seguida se desembarazaba, podían ser la única cosa buena en la vida; que lo demás era lo que no debía ser.

Y su carrera, y el modo como arreglara su existencia, y su familia y los intereses de la sociedad y del servicio, todo podía no ser lo que decía. Trató de defender aquellas cosas ante sí mismo; pero bruscamente sintió la inestabilidad de lo que defendía. Y nada le quedó por defender.

"Si verdaderamente es así —se dijo—, si abandono la vida, la conciencia de que eché a perder cuanto me fue dado y de que ningún medio hay para remediarlo, ¿qué significa esto?"

Tumbóse boca arriba, y a continuación analizó su vida pasada de un modo diferente.



12

Cuando por la mañana vio al lacayo, luego a su mujer, a su hija, al médico, cada movimiento de aquellas personas, cada palabra por ellos pronunciada, fue una confirmación de la terrible verdad de la noche. Veíase en ellos, claramente lo notó, que nada de aquello era lo que debía ser, que todo resultaba horrible, una mentira enorme, que velaba vida y muerte. Tal sensación decuplaba sus fuerzas físicas.

Gemía, se agitaba, pellizcaba nerviosamente su ropa. Le parecía que las personas lo ahogaban; detestaba a todo el que entraba en su aposento.

Se le administró una fuerte dosis de morfina, quedó ajeno a todo; mas, en el momento de ir a comer, todo volvió a empezar. Despedía a todo el mundo, se agitaba y cambiaba continuamente de sitio. Su mujer entró en su cuarto para decirle:

–Iván, amigo mío, hazlo por mí, por mí. Esto no puede causarte mal. Por el contrario, suele tranquilizar. No es nada. Las personas más llenas de salud hacen esto...



– ¿Qué? ¿Comulgar? ¿Para qué? ¡No hace falta! Sin embargo...

Se echó a llorar.

– ¡Sí, amigo mío? Haré que venga el nuestro. ¡Es tan amable...!

Presente el sacerdote se tornó un poco más tierno; sintióse como menos invadido por las dudas, menos dolorido, por consiguiente.

Pensó de nuevo en el *coecum* y en la posibilidad de un arreglo. Comulgó con lágrimas en los ojos. Cuando, después de la comunión, se le acostó, sintióse algo mejor, volvió a esperar que viviría. Comenzó a pensar en la operación que se le había propuesto.

"¡Vivir...! ¡Vivir...! ¡Quiero vivir!" – se decía.

Su mujer fue a felicitarle; díjole las cosas que se dicen en tales circunstancias, y agrego:

– ¿Verdad... que estás mejor?

– Sí – respondió él sin mirarla.

Su tocado, la expresión de su rostro, el sonido de su voz, todo le dijo lo mismo:

"¡No es esto! Todo lo que te ha mantenido y te mantiene en la existencia es mentira, engaño que te oculta la vida y la muerte."



Y en cuanto pensó esto despertó el odio, y con él los terribles sufrimientos y la conciencia de una muerte próxima e inevitable.

Algo nuevo se produjo; sintió como punzadas que le oprimían la respiración. Su expresión cuando dijo "sí" fue terrible, y después de murmurar aquel "sí", con una rapidez en contradicción con su debilidad, volvióse de espalda y gritó:

— ¡Idos! ¡Idos! ¡Dejadme!

A partir de tal momento comenzaron esas continuas crisis que no pueden oírse sin terror, ni aun a través de dos aposentos.

En el instante en que respondiera a su mujer comprendió que estaba perdido, que para él no había salvación; que había llegado el fin, el verdadero fin, y que la duda no estaba aclarada, que la duda quedaba en el estado de duda.

Comenzó a gritar:

— ¡No quiero!

Y arrastró la última vocal.

— O-o-o-o.

Aquellos tres días, en los que la noción del tiempo no existía ya para él, Iván Ilich luchó para no ser introducido en el saco negro en que le metía una fuerza invisible, irresistible. Luchaba



como el condenado a muerte lucha entre las manos del verdugo: comprendiendo que no se salvaría. A cada minuto transcurrido sentía que, no obstante los esfuerzos de lucha, aproximábase más cada vez a lo que tanto le horrorizaba. Sentía que sus sufrimientos consistían en que le introducían en aquel negro agujero y en que no podían meterle por completo.

Lo que le impedía entrar era la afirmación de que su pasada vida era buena.

Tal justificación de su vida hacía engancharse y no le dejaba avanzar, causándole más dolor que todos los demás pensamientos. Súbitamente, una fuerza invisible lo golpeó en el pecho, en el costado, detuvo su respiración. Cayó en el agujero, y al final de aquel agujero apareció la luz.

Ocurrió en él lo que ocurre cuando se está en un coche del tren: uno cree avanzar, mientras que se retrocede, y bruscamente se advierte la verdadera dirección.

"Sí, todo no era lo que debía ser —se decía—. Pero esto no es nada. Se puede, se puede hacer esto... ¿Cómo esto?" —se preguntaba.

Y de pronto se calmó.

Era el fin del tercer día, dos horas antes de morir. En aquel momento el pequeño colegial, introduciéndose sin ruido en el aposento, se acercó a su padre. El moribundo siempre gritaba



desesperado, y agitaba siempre los brazos: su mano cayó sobre la cabeza del niño, que se la cogió y lloró.

Era aquél el instante en que Iván Ilich se internaba en el saco, veía la luz, sabía que su vida no era lo que debiera, pero que aún había medio de arreglarlo todo. Se preguntaba:

"¿Cómo eso?"

Y callaba al oír la pregunta.

Sintió que alguien besaba su mano. Abrió los ojos y vio a su hijo. Se apiadó de él.

Se le acercó su esposa. También la conoció. Ella, con la boca abierta, la nariz y las mejillas húmedas por las lágrimas, lo miraba terriblemente desesperada. La compadeció.

"Sí, los martirizo –pensó—. Temen perderme, pero estarán mejor cuando muera."

Quiso decirlo, mas no tenía fuerzas para ello.

"Sin embargo ¿para qué decirlo? Es preciso hacerlo" –pensaba.

Con la mirada indicó a su mujer a su hijo y balbuceó:

–¡Llévatelo!... Lo compadezco... y también a ti...

Quiso agregar "perdona", mas dijo otra palabra; y, no teniendo fuerza para enmendarla, gesticuló con la mano.



Y súbitamente sintió con claridad que lo que lo turbaba, lo que no quería salir, salía bruscamente de sus costados.

"Tienen piedad de mí. Necesario es hacer que no sufran. Desembarazarles y desembarazarme a mí mismo de sufrimientos. ¡Cuán bueno es y cuán sencillo! —pensaba—. ¿Y el dolor? —decíase luego—. ¿Dónde ponerle? ¡Eh, dolor! ¿Dónde estás?" Y escuchó:

"Sí, helo ahí. Bueno; que el dolor continúe."

"¡Eh, muerte! ¿Dónde estás?"

Buscó el terror habitual que le inspiraba la muerte, y no lo halló.

"¿Dónde estás? ¿Qué es la muerte?"

No sentía terror ninguno. Por consiguiente, la muerte no existía. En lugar de la muerte había la luz.

— ¡Ah, luego esto es así! —Dijo en voz alta—. ¡Qué alegría!

Pasó aquello en un segundo, y el significado del momento no cambió. Mas, para los asistentes, su agonía había durado un par de horas.

En su pecho agitábase algo, y su aniquilado cuerpo era presa de sobresaltos. La agitación y los estertores se hicieron luego más raros.



–Esto ha concluido –murmuró alguien detrás de él. Oyendo aquellas palabras se dijo interiormente:

"La muerte ha concluido."

Aspiró el aire cálido, se detuvo en mitad de la aspiración, se estiró y murió.

